

NORAH
CARTER

3

MONIKA
HOFF

PATRICK
NORTON

NO
me ames



MPN
BOOKS

No me ames 3

Norah Carter — Patrick
Norton — Monika Hoff

Título: No me ames

© 2016 Norah Carter — Patrick Norton —
Monika Hoff

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Noviembre, 2016.

Es una obra de ficción, los nombres,
personajes, y sucesos descritos son productos
de la imaginación del autor. Cualquier

semejanza con la realidad es pura coincidencia.
No está permitida la reproducción total o
parcial de este libro, sin el permiso del autor

Capítulo 1

Habían pasado diez días desde que Lucía se había plantado en mi casa para contarme lo que había sucedido. Las lágrimas arrasaban mi cara y vi también cómo Lucía se estremecía al relatarme con todo lujo de detalles aquella historia terrible que me dejaba a mí como una mierda. Eso es. Yo me sentía como una mierda.

No se puede definir mejor. Lucía me

abrazó y yo caí al suelo como una marioneta a la que le han cortado los hijos. Ahora era un pelele en manos de todos. Mis sentimientos parecían no importar a nadie. Jamás me había sentido así. Ni siquiera cuando Jordi me dejó después de unos días de ensueño. No se podía caer más bajo.

No se podía. ¿Qué clase de vida me esperaba ahora? Lucía no sabía qué decir. Por primera vez en mi vida, había visto que Lucía era incapaz de animarme. Quería abrazarme, pero no podía levantarme del suelo.

No entendía sus frases entrecortadas porque el dolor le impedía hablar con claridad. ¿Qué me importaba vivir

ahora? ¿Qué importaba? Ella también se puso a llorar al verme así.

El destino volvía a cebarse conmigo. Y lo peor de todo es que yo tenía razón cuando dije que me daba miedo tanta felicidad. Jordi me prometió que aquello era parte de mi pesimismo y que yo merecía todo, que, a partir de ahora, todos los días iban a ser tan dichosos y maravillosos como los del crucero junto a Álex y mis amigas de toda la vida. Necesitaba el calor de mis padres. No quería quedarme sola. No quería quedarme sola en esa cama, en esa cocina, que tantos recuerdos me evocaba. Lucía se quedó aquel día conmigo. No quería dejarme sola y esa

euforia y alegría que siempre me transmitía se volvió en una tristeza y en un silencio que no eran propios de ella.

—No sé qué decir en estos momentos, Erika. No puedo bromear sobre esta situación porque sé lo que sientes por este hombre. Ha sido una putada, pero sabes que yo no voy a separarme de ti — dijo Lucía con una leve sonrisa en los labios.

—El mal ya está hecho, Lucía, y siento que estoy atrapada en una telaraña. Cualquier movimiento solamente empeorará las cosas — añadí yo sin dejar de llorar, recordando cada una

de las promesas que aquel cabrón me hizo.

—Nunca he pasado por algo así. He roto con chicos, pero, salvo con Yosuf, nunca he tenido un compromiso serio con nadie. Más de una vez te he dicho que me daba miedo vivir en pareja o casarme. Te admiro en el fondo.

—¿Por qué me admiras, Lucía?

—Porque has arriesgado. Has sido una mujer que siempre has arriesgado y, pese a los reveses que te ha dado la vida, siempre te has levantado y eso es vivir, Erika. Vivir es eso — dijo ella

con inteligencia, mirándome fijamente mientras intentaba abrazarme de nuevo para que yo me refugiara en sus brazos.

—No sabes lo que te agradezco lo que me dices. Siempre tienes palabras para aliviarme, Lucía.

—Pero no puedo animarte como acostumbro. Esta situación me supera como superaría a cualquiera.

—Pero estás aquí conmigo. La soledad me va a matar.

—Vente a vivir conmigo, Erika. No te

lo pienses — dijo ella con decisión.

—Te lo agradezco, pero ahora quiero alejarme de aquí, Lucía. No te ofendas, pero necesito otro tipo de cariño.

—Como quieras, pero no pierdas el contacto con nosotras, por favor, y no preocupes demasiado a tus padres. Debes levantarte y lo harás porque siempre lo haces — dijo Lucía besándome en una de mis mejillas mientras las lágrimas cesaban al fin de derramarse.

Después de aquel día fatídico, yo me

había instalado en casa de mis padres para encontrar en ellos el consuelo que solo unos padres saben dar. Me apetecía volver a ser la niña mimada que con tanto cariño habían protegido durante la infancia y la adolescencia. Siempre vi en la casa de mis padres un refugio en el que nada ni nadie me haría daño. Era como volver al vientre materno.

Me sinceré con ellos y les conté toda la historia completa. Les dolió mucho que estuviese atravesando por esos momentos y se volcaron de una manera sorprendente en intentar ayudarme.

Estaban pendientes de mí en todo momento. Me preocupaba, como me había advertido Lucía, esa actitud de

mis padres. Realmente estaban muy preocupados y quizá yo no estaba haciendo lo correcto refugiándome allí. Cualquier decisión que tomara en ese momento tenía consecuencias negativas para mí y para los que me rodearan.

Lucía y Carmen estaban también muy pendientes de mí por teléfono, pero evitaban hablar del tema. La verdad es que era lo mejor, pues yo no quería saber absolutamente nada de él.

Por otro lado, era consciente de que él iba a pedir traslado de oficina a Barcelona aunque lo degradaran. Eso ayudaría también a poder olvidarlo más fácilmente porque el hecho de pasar otra vez por el mal rollo de verlo por la

sucursal y no poderle hablar me iba a hacer más trizas aún. No quería verlo. ¿Cómo reaccionaría yo ante su presencia? ¿Por qué había hecho eso? ¿Por qué me lo había hecho?

Ya sólo me queda una semana para volver al trabajo, así que me despedí de mis padres para irme a mi casa a pasar los últimos días sola. Me intentaron convencer de mil maneras para que me quedase allí con ellos, pero echaba ya de menos mi independencia. Me había dado cuenta de que tenía que salir de allí, porque no podía quedarme de brazos cruzados y dejar que una depresión se apoderara mí.

Conocí a una cliente de la sucursal que,

tras un fracaso amoroso como el mío, ya no levantó cabeza y tuvo que ser ingresada en una clínica de salud mental. Era una chica preciosa que había montado su propio negocio y un chulo, porque no se puede decir de otra forma, la engañó y la arruinó por completo. Aún recuerdo su cara destrozada contándome aquello frente a mi mesa en la sucursal.

No iba a dejar que me pasara eso y vinieron a mi cabeza las palabras de Lucía. Yo sabía lo que era la vida, con sus cosas buenas y sus cosas malas, y siempre conseguía salir del agujero. Y esta vez, pese a la gravedad de la noticia, no iba a consentir que aquel

cabrón me hundiera en una depresión para siempre.

Al entrar por las puertas de mi casa, se me cayó el mundo encima y empecé a llorar como hacía días que no lo hacía. Delante de mis padres intenté reprimirme mucho para no causarles más dolor del que ya le había causado contándole toda aquella historia que les había cogido de improviso.

Quise poner la radio para ver si me animaba un poco pero, para mi sorpresa, comenzó a sonar una canción muy antigua de la cantante Merche, que parecía que ese momento estaba hecha para mí.

**Le deseo, le deseo tanto que me faltan
fuerzas
para olvidarle y aceptar que quiere a
ella
Te deseo tanto amor.**

Lucía me llamó para que fuese a cenar a su casa con ellos, pero ahora no me apetecía. Los veía a todos tan felices en pareja y yo tan amargada que prefería estar sola, así que le dije que mejor lo dejábamos para más adelante. Mis amigas lo comprenderían perfectamente. Sabían ponerse en mi lugar y sé que, en algún momento, estarían a mi lado para que yo no me sintiera desplazada.

Pasé todo el día encerrada en casa, pero por la tarde me apeteció ir El Corte Inglés a comprar algo de ropa y a tomar algo por aquella zona. Ni siquiera ir de compras me parecía apropiado en ese momento. Sin embargo, debía hacerlo. Deseaba ver gente, ver gente tomando café, escuchar el bullicio, sentir que no estaba sola y sentirme cómoda porque ninguna de aquellas personas sabría jamás que me había sucedido.

Aparqué el coche y me fui directa a una cafetería que había en una plazoleta y me pedí un gin—tonic y me lo tomé sola en la terraza. Parecía una loca, pero me apetecía hacerlo. En esos momentos, mi compañía era un cigarro y el móvil para

navegar por las redes sociales.

—Hola, Erika, ¡Qué de tiempo!

Levanté la cabeza y me sorprendí al ver que era Sergi, un antiguo compañero de la universidad con el que me lié alguna qué otra vez. Estaba hecho un bombón.

—¡Hola! ¡Qué alegría! ¡Cuánto tiempo! — dije mientras me levantaba para darle un abrazo.

—¡Qué bien te veo, Erika! — dijo mientras me sujetaba las manos y sus ojos se posaban en los míos con una ternura inusual.

—Bueno, no estoy tan bien como quisiera...

—¿Esperas a alguien? — preguntó con intención de hacerme compañía o de seguir hablando un rato más.

—No, vine a dar una vuelta por El Corte Inglés, pero antes me apetecía tomar algo ya que llevo varios días encerrada en casa de mis padres — comenté sin profundizar demasiado.

—¿Te importa que me siente y te acompañe con otra copa? — preguntó con una sonrisa encantadora.

Hacía un día precioso y la gente paseaba de un lado a otro. Voces de niños alegraban el ambiente y de vez en cuando veía a alguna pareja joven que se besaba, Qué envidia verlos, tan contentos, tan felices, mordiéndose en los labios después de un largo beso.

Sergi no dejaba de mirarme con ternura, feliz de haberme encontrado por casualidad en aquella plazoleta. El sol brillaba en sus ojos y ese efecto le hacía algo especial.

—Me parece una idea genial. Siéntate, por favor. Estás tardando. Alguna vez me he acordado de ti, ¿sabes? Tienes que ponerme al día que hace muchos

años que no nos vemos — dije yo intentando ser encantadora con mi invitado.

—Pues poco tengo que contar. Tuve una relación de cuatro años que terminó las pasadas Navidades ya que me dejó por otro. Pero aquí estoy. Después de pasarlo mal, ya no me duele ni lo más mínimo — dijo mientras me guiñaba un ojo.

—¿Qué me dices? No me lo puedo creer. ¿Lo habrás pasado mal, verdad?

—Sí. De hecho tuve que ir a terapia unos meses. Luego te das cuenta de

que estabas con la persona equivocada y tratas de olvidarla. Al final lo consigues. Pero dime, Erika. ¿Qué te ha pasado?

—Lo mío mejor ni te lo cuento. Tengo el corazón destrozado y lo estoy pasando muy mal, Sergi. Tus palabras me alivian. El hecho de escuchar que has podido superar esa ruptura me alegra mucho. No sé cómo lo voy a hacer yo ... — dije en aquel momento con naturalidad, pero no quise seguir avanzando.

En esos momentos, se me saltaron las lágrimas y Sergi me cogió de las manos,

y me dijo que cambiásemos el tema rápidamente.

Era inevitable que yo me comportara así. Era inevitable y Sergi, ante la tristeza de mi estado, comenzó a secarme las lágrimas delicadamente y con mucho cariño.

—Entonces vienes a hacer un poco de shopping, exactamente a lo que he venido yo. Ahora si quieres lo hacemos juntos y olvidamos nuestros problemas — propuso él con una voz alegre mientras me acariciaba.

- Claro, Sergi. Me parece que me sentiré mejor con tu compañía

— esboqué una leve sonrisa.

—Pues te toca aguantarme el resto de tarde. Esto de estar de vacaciones es genial.

—¿En qué trabajas?

—Soy actor porno y últimamente estoy rodando con Nacho Vidal.

—¿En serio? — pregunté impresionada porque no me lo esperaba de él, siempre había sido un chico bastante serio e introvertido.

—Pues claro que no — soltó una preciosa carcajada al ver mi reacción de sorpresa.

—Sigues igual de bromista...

—Soy Mosso d'Esquadra desde hace 6 años.

—O sea, agente de la autoridad — dije muerta de risa

—¿Y tú?

—Pues yo trabajo en una sucursal que hay a las afueras del polígono.

—Qué bien. Eres toda una joya, de las que quiere mi madre como nuera — dijo bromeando como siempre mientras mostraba unos dientes blancos y brillantes al sonreír.

—¡No cambias! Sigues como siempre, haces bien en tomarte la vida con ese sentido del humor.

De un cubata pasamos a otro y así sucesivamente hasta que nos dimos cuenta de que estaban cerrando El Corte Inglés y no íbamos a comprar ya nada de nada, así que me propuso irnos a cenar y yo acepté encantada. Me apetecía que

me diese el aire y me había venido muy bien encontrarme con Sergi.

De nuevo el destino iba a jugar conmigo, pensé. Cuando menos esperaba, aparece alguien a quien yo estimaba desde hace años y al que le había perdido la pista.

Nos fuimos a cenar a un restaurante de Granollers. Fue una cena muy divertida y amena. No conseguía quitarme de la cabeza a Jordi pero estaba cómoda con Sergi, aunque hubiera deseado que su lugar lo ocupara Jordi indudablemente.

Era una masoquista recordando una y otra vez a aquel cabrón, en vez de estar disfrutando del momento al lado de aquel compañero de la universidad.

Qué ricos estaban todos los platos que

nos pusieron, comida tradicional catalana donde destacaba un pato a la naranja excepcional. De allí nos fuimos a la discoteca EIBISI, en Granollers. Nos pedimos dos copas y nos fuimos a la terraza exterior. Nos apoyamos sobre una barra individual y nos quedamos allí charlando. Cuando llevábamos tres copas, ya estábamos los dos muertos de risa por las cosas que él decía tan improvisadas y bromistas.

—Recuerdo aquellos fines de semana que nos encontrábamos en la discoteca y al final terminábamos marchando juntos — dijo volviéndome a guiñar el ojo.

—Sí, siempre me dabas coba para terminarte liando conmigo.

—Pues ya he perdido mucha habilidad. Llevo toda la tarde detrás de ti y no he conseguido ni un simple beso en la mejilla — soltó poniendo ojos en blanco.

—¡No empieces! — dije soltando una carcajada.

—No soy yo, es el alcohol...

—Pues ya no te pides ni una copa más.

—Asumiré que nadie me quiere...

—Seguro que hay por ahí alguna que será tu alma gemela. No te preocupes por eso.

—Puede ser, pero con la suerte que tengo, fijo que, cuando la encuentre, ya ha metido el primero patinazo de su vida y ha estado casada y tiene tres hijos con los que yo tendré que cargar sin ser míos — dijo con ironía ante el ataque de risa que me había entrado.

—Míralo por el lado bueno, así te ahorras las malas noches y cambiar

pañales...

—Me niego, prefiero sufrir la tortura de casarme contigo...

—Pues iba a parecer un velatorio con lo mal que estoy psicológicamente — dije intentando seguirle el juego.

Me encontraba genial. La música y las luces de aquel lugar hacían que todo tuviera un aura mágica. No importaba el mundo que existía alrededor de nosotros, sino solamente nuestra conversación.

—¿Y cuando dices que vamos a

celebrar el velatorio?

—Sergi... ¡estás como una cabra!

—Eso dice mi madre...

Pasamos toda la noche descojonados de la risa y, a las cuatro, nos fuimos hacia su coche y tiramos los sillones para atrás, y descansamos un rato hasta que se nos pasase la borrachera y poder ir a recoger mi coche.

Nos dieron las siete de la mañana allí tirados boca arriba charlando y sin dejar de bromear con las cosas que él soltaba. Luego fuimos hacia Sabadell a recoger mi coche y aprovechamos para

desayunar en unos de los bares que había fuera. Luego nos intercambiamos los teléfonos y nos despedimos quedando en volver a vernos algún día. Llegué a mi casa reventada y fui directa hacia la cama. No me quité ni la ropa, me tiré directamente y ahí caí rendida.

Me levanté a las cinco de la tarde y tenía un mensaje de Sergi preguntándome si me animaba a ir de fiesta otra vez. Me entró un ataque de risa y le dije que aún no había superado la resaca de la noche anterior. Le dije también que quizás, al día siguiente u al otro día, y me respondió que no iba a parar de preguntármelo todos los días de

mi vida.

Capítulo 2

Pasaron dos días y, después de sentir que me subía por las paredes, dejé la casa a medio limpiar, me puse ropa cómoda y salí de casa dispuesta a que me diera el aire. Estaba cansada de hacerme la mártir y tampoco iba a recibir visitas en casa para que estuviera allí limpiando todo el día como si fuese la Cenicienta. Joder, lo que se parecía cada vez más mi historia personal a la del cuento, aunque el

príncipe azul había resultado ser un gilipollas de categoría.

Estaba muriéndome allí dentro con la fregona y la escoba en mano. Por más que lo intentara, no podía estar encerrada entre esas cuatro paredes.

Cada lugar me recordaba a Jordi y dormir en esa casa, de nuevo sola, me creaba una ansiedad insoportable, así que había decidido dormir en el sofá durante varias noches.

Lógicamente, tenía un dolor de espalda horrible. Me veía en pocos momentos en la sala de Urgencias. El próximo sofá que comprara no iba a ser como ese y estaba claro que el sofá no se prueba sentando. Hay que probarlos

acostándose y acurrucándose en ellos para ver cómo te tratan.

Cuando me di cuenta de que la casa se me caía encima, me dieron ganas de coger de nuevo la maleta y volver a casa de mis padres, o de decirle a Lucía que se viniera conmigo a casa, pero sabía que no debía hacerlo. Era mi duelo y tenía que pasarlo sola.

Tenía que fingir que podía seguir siendo una mujer independiente y que hacía soportable el dolor. Recordé la frase tan repetida de mi madre: “Dios aprieta, pero no ahoga”.

Salí a la calle y me puse las gafas de sol. Estaba espléndida con mis Rayban, uno de los caprichos que me permití con

mi primer sueldo en el banco. Qué tiempos aquellos en los que me comía el mundo y todos los tíos me miraban de arriba y abajo, y ahora volvía a ser un espantajo. Estaba irreconocible si me comparaba con aquellos años en los que Carmen y Lucía me decían sin cesar que yo era la más atractiva del grupo, la que vestía de forma más discreta sin renunciar a la elegancia. Todo eso se había acabado para siempre.

Paseé y acabé sentándome en un banco de un parque cercano. Estaba casi vacío, pero había algunos padres con sus hijos allí, disfrutando de las vacaciones todos juntos.

Me alegraba observar esa escena, pero

también me entristecía cuando veía alguna muestra de cariño entre las parejas; como me había sucedido aquella tarde en la que apareció Sergi. Era una sensación extraña, como de envidia y sobre todo de dolor.

Yo no había elegido enamorarme de aquella persona, pero el amor es así, sucede y la suerte había jugado en mi contra. Pocas cosas podía hacer, salvo la de esperar a que el destino volviera a utilizarme a su antojo para entretenerse conmigo.

Estaba más que cansada, hiciera lo que hiciera y Jordi no se me iba de la cabeza. Lo imaginaba vestido entrando al banco, tomando café conmigo,

cenando en el barco y también lo imaginaba desnudo, sintiéndolo cerca, hipnotizada por el olor inconfundible de su piel.

No era fácil resistir a aquello, no era fácil convencerse de que aquel hombre ya no significaba nada en mi vida, aunque, por dentro, me estuviera muriendo de ganas por verlo.

Cualquiera que me viera en el parque pensaría que era extraño que una muchacha como yo estuviera allí, sentada, ausente del mundo, como si buscara la soledad por algún motivo. Sí, en efecto, todos ellos se preguntarían algo parecido a eso. Y es cierto que la soledad de los parques puede llegar a

ser terrible.

Sergi me había estado mandando mensajes esos días sin cesar. Estaba empeñado en que volviéramos a salir.

Al final le prometí que lo haríamos este fin de semana, pero que estos días tenía muchas cosas que hacer. Yo creo que él sabía que lo que estaba diciendo era mentira, claro, pero era lo único que le podía decirle en esos momentos.

Necesitaba estar sola, sumida en mis pensamientos y, aunque en esos pensamientos apareciera Jordi, era mi forma de asumir que el amor de mi vida se había marchado y que aquella soledad era una forma de poner tierra de por medio para que no volviera a

experimentar los mismos sentimientos con otra persona, fuera quien fuera.

Tras fumarme varios cigarros, decidí volver a casa. Salí del ascensor y casi muero mientras meto la llave en la cerradura al escuchar una voz detrás de mí.

—Ya era hora de que aparecieras, iba a llamar a la policía.

—Joder, Lucía, me asustaste — dije con la mano en el pecho y mirando atrás. Estaba sentada en las escaleras, apoyada en la pared —. ¿Qué haces aquí? — terminé de abrir la puerta, se

levantó y entramos las dos en casa —
¿Llevas mucho esperando? — pregunté
extrañada porque si fuera así, ya me
habría llamado al móvil.

—Qué va, acabo de llegar, iba a
esperar un rato, pensé que a lo mejor
saliste a comprar — dejó el bolso en
la mesa y medio se tiró en el sofá.

—Ah, ¿necesitas algo? — me senté
después de obligarla a quitar los pies
para que me dejara un sitio.

—Sí, necesitaba saber si estabas bien.
Y como, por teléfono, me mentirías y
me dirías que sí, pues he decidido

venir y comprobarlo por mí misma. Te echo de menos, ¿sabes?

—¿A qué te refieres? Puedes verme cuando quieras.

—No, echo de menos a la Erika de hace unos meses, la chica estupenda, sensible e inteligente que tanto me gustaba. Ahora no veo a esa Erika, veo una sombra, alguien que cruza delante de mí y a la que me cuesta distinguir entre la multitud.

—No puedo responderte a eso. No puedo defenderme. No te falta razón. Tengo miedo de mí misma, de mis

pensamientos, de no salir del agujero,
Lucía.

—Pero, ¿cómo estás? De verdad.

—Estoy bien, ya lo ves.

—Sí, ya veo... — dijo irónica — Hoy
ceno aquí y no pienso irme hasta que te
vea dormida a ver si quitamos esas
ojeras — dijo señalando mis ojos.

—Necesito estar sola.

Me levanté y fui a la cocina a preparar
un té para cada una, ella me siguió

cual sombra. La luz de la tarde entraba por las ventanas de mi piso y todo de inundaba de una claridad naranja.

Lucía parecía nerviosa y trataba de mostrarse serena y comprensiva.

Echaba yo también de menos a aquella loca que se desmadraba continuamente en las fiestas o cuando salíamos de marcha. Su rostro parecía haber envejecido como el mío este tiempo.

Es cierto que siempre habíamos estado unidas, porque, pese a ser diferentes, teníamos mucho en común: nuestra independencia, la moda, el cine y la noche.

Si yo buscaba pasármelo bien, tenía que salir con Lucía. Si buscaba la

reflexión y el consejo, llamaba a Carmen. Ahora aquellos papeles se habían cambiado y Lucía parecía la persona más reflexiva y madura que yo había conocido hasta ahora.

—No tienes que mentirme — dijo seria.

—No lo hago — resoplé —. Además, ¿por qué no te vas a hacerle compañía a Yosuf? Ya sabes que... — me quedé mirándola intrigada cuando el semblante le cambió — ¿Qué ha pasado? Escupe.

—Nada.

—Lucía...

—Está bien, discutimos.

—Vaya, eso sí que es nuevo. No me esperaba eso de ti. Pensaba que había sido un flechazo de verdad y te veía muy contenta y satisfecha con ese chico— dije yo intentando tranquilizarla, pese al dolor que sentía en mi corazón.

Terminé de preparar el té y nos sentamos a la mesa. Encendí un cigarro, deseosa de escuchar el chismorreo que me evadiría de estar pensando en Jordi.

—No quiere celebrar la boda en Kenya.

La miré. Y la miré y la miré... No sabía qué decir, así que hice lo único que se me ocurrió, empecé a reírme a carcajadas.

—No te rías.

—No, claro que no — pero yo no podía parar, Lucía era todo un caso — Primero me estás hablando ya de boda y, segundo, ¿en Kenya? Pues normal que el pobre hombre no quiera.

—Tendrá que ceder — dijo testaruda.

—Venga, Lucía, deja las idioteces, ¿qué es lo que ocurre de verdad? — la conocía demasiado, a mí no podía mentirme.

—No sé, Erika, supongo que estoy estresada. En el trabajo me tienen loca y lo pago con Yosuf. Es como si de repente todo me viniera grande — dijo triste y me dolió verla así, sin la chispa de vitalidad que la caracterizaba.

—Eh... — le di un abrazo — Es normal, solo intenta no darle

demasiadas vueltas a las cosas, todos tenemos días malos.

—Mira quién habla, la que no deja de pensar.

—No es lo mismo, tus problemas no son los míos — le dije negando con la cabeza.

—Lo sé, perdona. Soy una egoísta al venir aquí y hablarte de esta tontería. Pero sé sincera, ¿cómo estás?

—Aún es duro, Lucía, pero poco a poco voy haciendo mi vida de nuevo. Siempre lo tengo en mente pero yo

tengo que seguir con mi vida. Poco a poco lo voy consiguiendo.

—Imagino... Pues este finde salimos, necesitamos desconectar.

—Yo ya quedé — dije recordando que se le había prometido a Sergi.

—¿Con quién vas a salir? ¡Qué calladito te lo tenías, mala amiga! — preguntó intrigada y sonriendo.

—Sergi. Es un antiguo amigo de la universidad — le expliqué al ver su cara —. Me lo encontré el otro día en

el centro comercial y acabamos bebiendo más de la cuenta. Es un buen chico. No te montes ninguna película. No hay nada serio. Solamente salimos a pasarlo bien.

—Oh, me alegro, pero por algo se empieza, cacho perra — dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ah, no, no es eso. Te repito. No vuelvas a montarte películas, por favor. Déjame respirar un poco. Y no le digas nada a Carmen. No quiero que os hagáis de ilusiones y espantéis al chico, joder — negué imaginando la dirección de sus pensamientos —.

Solo es un buen amigo, nada más. Yo aún...

—Sí, lo sé, pero que me alegro de que esté ahí para animarte, no siempre pienso en lo mismo. Eres una mal pensada, aún encima que vengo aquí para apoyarte y hacerte compañía — puso los ojos en blanco.

—Tú sola te lo buscas. Siempre estás buscando que me meta contigo, cabrona — dije yo con sorna.

—¿Estás preparada para volver a la oficina, Erika? — preguntó ella cambiando el tono de voz.

—No, sinceramente, no. No quiero encontrármelo, Lucía. Me da miedo mirarlo. No sé cómo voy a reaccionar. Los compañeros no van a dejar de hablar de nosotros y eso también me horroriza — contesté con el corazón encogido.

—No te preocupes. Le han dado el traslado hace unos días. Me lo ha confirmado Carmen. Se lo dijo un amigo común de Álex y Jordi hace unos días.

—Menos mal. Te agradezco mucho que me lo hayas dicho. Es un alivio

para mí, Lucía. No quiero perder mi trabajo. No quiero perderlo. El hecho de que Jordi pudiera estar allí, conmigo, a mi lado, tarde o temprano afectaría a mi rendimiento.

—Eso no va a pasar. Gracias por ser mi amiga, Erika. He venido aquí un rato y me siento mucho mejor. Creo que hablaré con Yosuf e intentaremos encontrar una solución para el tema de la boda — dijo ella con una luz clara en sus ojos.

La miré y empezamos a reírnos las dos, sabiendo que era mentira, pero mi amiga siempre pensaba en sexo.

Y era el sexo una de las cosas que más le atraían de Yosuf y no era para menos porque Yosuf había resultado ser un hombre apuesto y muy varonil. Aún la recuerdo en el colegio, en clases de gimnasia, mirando por una cerradura al vestuario de los chicos. Era la alegría de vivir lo que transmitía Lucía desde niña. No había maldad en aquella clase de actuaciones.

Se marchó de casa un rato después y me alegró que hubiera venido. Al final me había animado bastante. Y yo la convencí para que buscara a Yosuf e hiciera las paces.

Lucía se merecía lo mejor y yo veía que aquel chico era lo mejor que le podía

pasar. Era un chico inocente, ingenuo y sabía que Lucía era lo mejor que le había pasado en la vida, aunque claro luego tenía excentricidades como querer casarse en un safari en Kenya, madre de Dios, qué cabeza.

Antes de dormir volví a recibir un mensaje de Sergi preguntándome por nuestra “cita”. Le dije que nos veríamos el sábado y se alegró. Quizás otra borrachera no venía mal.

—Me apetece mucho verte, ¿sabes? —
dijo él con timidez.

—A mí también. Quiero pasarlo bien. Necesito estar por ahí afuera y reírme

un rato.

—Te tengo que contar un montón de cosas de antiguos compañeros y verás lo que es reírte. Lo que nos ha pasado a nosotros no es nada comparado con lo que les ha pasado a ellos.

—¿Qué me dices? — pregunté sorprendida.

—¿Te acuerdas de Jason?

—Sí, claro que me acuerdo. Era muy guapo. Quería ser modelo — dije yo con voz alegre.

—Pues se casó con un hombre y luego se cambió de sexo y adoptaron a dos mellizos. Viven en Sevilla y están felices de la vida. Cuando me lo contó, no me lo podía creer y cuando quedé con él, que ya no era Jason, sino Rebeca, estaba encantada de haberse conocido. A otro no les ha ido bien, por desgracia.

—Como a nosotros — dije yo con pena.

—No te creas. Hay gente más jodida que nosotros. Luis que se licenció en Magisterio falleció el año pasado en un accidente de tráfico. Fue un golpe

muy duro para mí. Lo apreciaba.

—Dios bendito, no me lo puedo creer. He estado muy desconectada de la gente de la universidad, Sergi. Me tienes que poner al día, por favor.

—Por eso, vamos a quedar y te contaré y así tú también me cuentas qué te ha pasado. Te vi muy afectada cuando me senté en la terraza junto a ti. Menos mal que luego nos fuimos de fiesta —comentó Sergi con un tono seguro y encantador al mismo tiempo.

—Gracias por aparecer, Sergi. Gracias, por aparecer. Y no es un

cumplido. Apareciste como un ángel salvador — dije con una voz suave intentando agradar lo máximo posible desde el otro lado del teléfono.

El sábado por la noche salí de casa vestida con un precioso vestido negro que aún no había estrenado. Le había dado la dirección de mi casa a Sergi y me estaba esperando ya abajo. Le di un gran abrazo cuando lo vi e ignoré sus exagerados piropos al verme.

Cierto es que hacía tiempo que no me arreglaba tanto. Hacía una noche preciosa sobre la ciudad. Temblaban las estrellas y la luna se reflejaba en algunos cristales de tiendas. Volvía a

sentirme querida y deseada.

Me llevó a cenar a un italiano que no conocía y salimos de allí encantados con la comida y el servicio, prometiendo volver en otra ocasión. No es fácil que, en un restaurante, preparen adecuadamente la pasta. No es nada fácil y en aquel GINO's lo hacían muy bien, aunque debía haberme pedido una pizza. Tenían una pinta extraordinaria. Necesitaba comer. La ropa interior y aquel vestido espléndido no me sentaban como semanas atrás. Veía que había perdido alguna talla, pero aún así estaba impresionante y, como a Lucía, a mí también me encantaba gustar.

Y esa fue una de las razones que llevó a

Jordi a salir conmigo. Era una mujer radiante. Qué idiota. Cómo pudo ser tan idiota y cómo pude yo tragarme toda aquella sarta de mentiras.

Al lado de Sergi, yo seguía nerviosa. En cada gesto o situación, la imagen de Jordi volvía a mi mente y eso, además, estaba empezando a ponerme de muy mal humor por momentos. Con lo bien que había empezado la noche al lado de aquel compañero de la universidad.

Cogimos un taxi y nos dejó justo en la puerta de un pub donde decidimos pasar la noche.

Los gin—tonics comenzaron a volar rápidamente. Parecía que ambos teníamos ganas de desfasarnos, como si

buscáramos en el alcohol la necesidad de olvidar todo, todo aquello que nos había hecho daño, mucho daño.

A mí no había quien me sacara de la pista de baile. Estaba disfrutando de lo lindo mientras cantaba a todo pulmón. La gente no me prestaba atención, cada uno iba a lo suyo y a mí me hacía sentir libre.

— Me estoy mareando — le dije a Sergi cuando el alcohol hizo sus efectos. Empezaba a sudar más de la cuenta y me estaba encontrando mal.

Ni siquiera contestó. Me sacó rápidamente del local para que me diera

el aire.

—No sabes beber — dijo riendo pero notaba la preocupación en su voz.

—Quiero irme a casa.

—Tranquila, yo te acompaño.

Llamó a un taxi y media hora después estaba entrando por las puertas de casa. Fue entrar y me pasó como días anteriores. Comencé a llorar cuando el recuerdo de Jordi vino a mi mente.

—¿Estás bien? — preguntó Sergi.

—Sí, solo necesito dormir.

—No quiero dejarte sola así — dijo dándome a entender que sabía qué me pasaba.

—Necesito estar sola, Sergi. Estaré bien, de verdad. Mañana te llamo. Siento que la noche haya acabado así — dije con un tono de tristeza profundo.

Me observó a los ojos unos instantes y acabó afirmando con la cabeza. Me dio un beso en la mejilla y se fue.

Cuando escuché cerrarse la puerta, caí

al suelo de rodillas mientras lloraba desconsolada. Maldito Jordi, me había jodido la vida. No había podido disfrutar de la noche como me había propuesto. Estaba obsesionada con su imagen y ni siquiera la simpatía de Jordi y su amabilidad habían conseguido que yo me olvidara de su rostro.

Me levanté como pude y me tumbé en el sofá. Doliera lo que doliera, yo iba a superarlo.

El domingo desperté con una resaca de mil demonios. Me dolía todo. Contesté al mensaje de Sergi y le dije que estaba bien, solo con dolor de cabeza. Le dije con tono seguro que nos volveríamos a

ver pero sin beber tanto.

Era un chico encantador, que comprendía por lo que yo estaba pasando, lo que hacía fácil poder serle sincera.

Pasé el día en casa, descansando. Y nerviosa. Al día siguiente volvería al trabajo y las dudas empezaban a comerme por dentro.

¿Se habría ido? ¿Seguiría allí? ¿Lo vería de nuevo?

Mi cabeza no paraba de darle vueltas al tema, pero ya quedaban pocas horas para salir de dudas.

Capítulo 3

Sonó el despertador y empezaba mi jornada laboral después de esas vacaciones que solamente podía juzgar de desastrosas. Hacía un día precioso en la ciudad y agradecí que así fuera. Porque aquella luz y aquel calor ayudaban a animarme.

Aunque no estaba recuperada y aunque tenía claro que aún no había superado

mi ruptura con Jordi, debía seguir en mi puesto de trabajo dando lo mejor que yo tenía, rindiendo al máximo.

No podía dejar que nada ni nadie manchara mi reputación. Lo bueno era que al ya no estar Jordi en la oficina todo sería un poco más fácil.

Entre temprano por la oficina, incluso me dio tiempo a tomarme un café en el bar de enfrente. Saludé a mis compañeros, que murmuraban sin cesar, y, para romper el hielo, pregunté si ya había venido el nuevo director. Me miraron extrañados y señalaron hacia la puerta.

Por poco me da algo al descubrir que

Jordi llegaba y seguía siendo el director. No entendía nada de lo que estaba pasando en aquel momento. Lucía me había dejado claro que mi jefe ya no era Jordi, que iba a poder respirar aliviada cuando entrara de nuevo a la oficina. Ahora no era así, ahora volvía a vivir en la tensión, en la ansiedad y en el nerviosismo.

Nuestras miradas se cruzaron por unos segundos. Yo la quité rápidamente y agaché la cabeza. Mi mundo se desmoronaba más aún y me entró una fuerte presión en el pecho y un gran nudo se me hizo en la garganta. Estaba a las puertas de una crisis de

pánico y temía que me habrían de llevar en una ambulancia. Su actitud no me sorprendió.

Volvió a su estrategia de permanecer distante, sin darme ninguna explicación, sin saludarme. ¿De qué habían servido esas demostraciones de amor durante las vacaciones?

No podía con la hipocresía que Jordi emanaba de su propia personalidad y ahora debía seguir torturándome en un puesto de trabajo que me encantaba. No tenía suficiente aquel gilipollas con estar en mi cabeza, sino que ahora lo tenía delante de mis ojos y todos los días. Si esto iba a ser así, tenía claro que yo sería quien pediría el traslado

aunque tuviera que mentir en las causas de dicho traslado.

Saludó en general, yo hice como si no lo escuchara. Su semblante serio, su nerviosismo al moverse y al gesticular y su silencio intencionado transmitían que algo no iba bien en su vida.

El embarazo de Coral había sido quizá un mazazo para él, pero no podía esperar otra cosa en su vida si solamente se manejaba en las mentiras y en el despropósito.

Lo peor es que Jordi parecía no darse cuenta del daño que me estaba haciendo. No era consciente de que estaba hiriendo con esa actitud orgullosa.

Jordi no era ninguna víctima, la víctima

era yo, pero a aquel cabronazo y a su mujer eso les importaba bien poco. ¿Qué futuro tenía ahora yo? ¿Qué posibilidades tenía yo ahora de salir adelante?

En aquella sucursal, era un pájaro en una jaula y eso no era justo para mí ni para las personas que más me querían. En aquel instante en que me senté en mi sitio y mientras actualizaba Windows, pensé en mis padres, en Carmen y en Lucía, quienes estaban sufriendo conmigo.

Era terrible imaginar que ellos supieran que Jordi seguía siendo mi jefe. Mi padre no soportaría que yo siguiera trabajando aquí. Tenía que ser prudente

y medir bien mis pasos para no cometer ninguna torpeza.

Pediría el traslado e intentaría mantener al margen a todas esas personas que se estaban preocupando por mí. No era fácil, pero lo iba a conseguir.

Pensé que quizás venir a por sus cosas o que aún estaba esperando el traslado, pero ahora estaba ahí, iba a ser muy difícil sostener aquella situación, la ansiedad estaba acentuándose en mi vida. Enseguida empezaron a entrar clientes y todos se alegraron al verme. Algunos me trajeron algún souvenir de sus vacaciones y me contaron sus fantásticas experiencias en sus viajes. Yo me limitaba a asentir y a poner buena

cara.

No hablé de mis putas vacaciones al lado de aquel maligno Jordi, sino que contestaba con evasivas, diciendo que había estado con mis padres o que simplemente me había dedicado a leer en la playa. Ojalá hubiera sido así. Ojalá. Pero no.

No quería que los clientes se preocuparan por mí, que lo personal se mezclara con lo personal y menos hacer responsable de mi estado a Jordi delante de todo el mundo. Eso podía afectar al futuro de la sucursal y del resto del personal.

A las diez me fui directa al bar de

enfrente, necesitaba fumarme un cigarro y tomar un buen café, aunque no me venía bien porque me ponía más nerviosa, pero ya estaba muy acostumbrada y me era difícil dejarlo. Jordi había conseguido que yo fuese adicta al café y al tabaco. Este tío me estaba destrozando por dentro. Estaba claro que no tarde o temprano conseguiría que fuese adicta a los ansiolíticos y a los antidepresivos, y ahí ya sí que no había salida, por desgracia.

De repente, sucedió lo que menos me esperaba. No podía creerlo. Estaba viendo que Jordi venía hacia mí y sin pedir permiso se sentó en la mesa.

Algunos clientes del bar me miraron fijamente porque comprobaron que yo estaba incómoda.

Volví a verlo nervioso, como ido, fuera de sí. Temblaban sus manos y las mías también lo hicieron en ese momento. Sentí que un escalofrío me recorría la espalda.

—Creo que te debo una explicación

—Deberías levantarte e irte, si te queda vergüenza... Hay que ser un gran hijo de puta para venir aquí y torturarme de esta forma, delante de todo el mundo — dije con enfado, mordiéndome la lengua porque tenía

ganas de decirle muchas más cosas, pero no era mi estilo ser una grosera.

—Me da igual lo que me insultes, necesito explicarte... Debes escucharme. Debes hacerlo, por favor. No tengo perdón de Dios, pero solamente te pido unos minutos — dijo él, con rostro serio, con los ojos sombríos, como si necesitara explotar toda esa rabia contenida.

—Deja ya de pensar en ti. Lo que tú necesites no es mi problema, que te crees que eres más que nadie, que tienes más derecho que ninguna otra persona. Crees que puedes ir por ahí

destrozando vidas como si tal cosa. Eres un energúmeno y te mereces esa mujer que tienes, esa demonia que me ha jodido la existencia junto a tus mentiras. Lo que tú necesites, te repito, no es cosa mía — dije con intención de herirlo y fustigarlo para que se marchara.

—Pues dime qué necesitas tú...

—Que te pierdas, que te alejes de mi vida, que te olvides de mí y te vayas a reírte de otra. Seguro que Coral y tú habéis pensado en nuevas víctimas, en otras jovencitas tontas y con ganas de destacar. Eso es lo que quieres tú. A

eso te dedicas tú, a destrozar las ilusiones y los proyectos de gente como yo, ¿verdad? — añadí con un tono más enérgico, mientras los clientes no nos quitaban ojo.

—No sabes nada...

—No quiero saber más nada, que es muy diferente. Me da igual lo que hagas con tu vida. Lo que no me da igual ni te voy a permitir es que vuelvas a jugar con la mía... No sabes las consecuencias de tus actos, Jordi. No tienes ni puta idea por lo que estoy pasando. Mételo bien en la cabeza. No tienes ni puta idea del daño que me has

hecho. Eres veneno puro. Mételo en la puta cabeza, cabrón — volví a mostrarme airada y, aunque no iba conmigo, no podía evitar soltar alguno de esos terribles insultos que él encajaba uno tras otro como si ya estuviera acostumbrado a hacerlo.

—Nunca quise hacerte daño

—Que me da igual lo que me digas, que paso de ti, que has sido un canalla y no habrá excusa que justifique lo que has hecho conmigo

—Entiendo la rabia y el dolor que llevas por dentro... lo entiendo y sé

que es muy difícil eliminarlo. Pero si me dejas que te explique, te aseguro que todo acabará — dijo él con una serenidad pasmosa, aunque su rostro demostraba todo lo contrario.

—Tú no entiendes nada, tú solo miras por ti, no sé a qué viene ahora a hablar conmigo. Cuando debiste hacerlo, no distes la cara..

—No podía, ¡créeme! No podía, joder. ¡Debes creerme! — su serenidad volvió a convertirse en un tono áspero y duro, lleno de energía negativa.

—Sería lo último que hiciese, creer en

ti... lo último que hiciese. Tú crees que te puedes plantar aquí y ahora, como si no hubiese sucedido nada, como si fuésemos unos amigos que hace tiempo que no se ven. Tú crees que puedes sentarte aquí para que yo escuche cada una de tus mentiras y te comprenda, y te perdone, y te marches de aquí con la conciencia tranquila. ¡Y una mierda! — volví a ser grosera en mis expresiones, pero era la única forma que tenía en aquel momento para defenderme.

—La vida ha sido injusta conmigo en estos momentos, cuando por fin todo empezaba a retomar sentido en mi

vida. Estoy tan hundido como tú.

—¡ Que no quiero saber nada ! Y no te puedes colocar en mi lugar. Por desgracia, yo soy dueña de mi dolor, es el único honor que esta puta vida me ha dado, Jordi.

—No te estoy pidiendo nada, solo que me escuches, que luego sigas tu camino, si quieres, sin mirarme a la cara, pero necesito que me escuches o me voy a hacer una locura. Créeme, voy a hacer una locura.

—No tienes derecho a pedirme ni siquiera que te escuche. Tú has

perdido ese privilegio y haz el favor de dejarme en paz. Si todavía me aprecias algo, déjame en paz, te lo suplico, cabronazo — dije soltando el resto de café y levantándome para dirigirme a la oficina.

Me levanté, pagué y salí. Los clientes de la barra fueron testigos de aquella discusión y miraban tensos. Si hubiera aguantado un segundo más allí dentro, alguno de ellos me habría preguntado si necesitaba ayuda. Contuve las lágrimas, aunque la ansiedad me devoraba por dentro.

Me senté en mi mesa y vi cómo entraba él. Me miraba con desprecio para luego

continuar hacia su despacho. Sentía mucha rabia dentro, se creía que porque me diese dos excusas le iba a perdonar y seguir hablando como si nada hubiese sucedido. Ya estaba todo perdido y no iba a cruzar ni una sola palabra con él. Recibí varios mensajes de Sergi a los pocos minutos. Decía que el viernes me iba a secuestrar hasta el domingo, que me preparase para un fin de semana largo de fiesta. Paradójicamente, en esos momentos yo solo tenía ganas de llorar y llorar, pero le contesté que ya lo hablaríamos. Rápidamente me contestó que no tenía nada que hacer, pues ya estaba decidido todo.

Cuando salí del trabajo, me fui hacia casa de mis padres y comí allí con ellos. Les conté que Jordi seguía aún en la oficina y que había intentado hablar conmigo. Me había propuesto mantener al margen a mis padres, pero me lo vieron en la cara. Estaba preocupada, entristecida y excesivamente delgada. Sentía mucho dolor y estallé. Como era esperable, mi padre dijo que se le estaba pasando por la cabeza ir a hacerle una visita y hablar personalmente con él.

Le pedí por favor que no se le pasara eso por la cabeza, que dejara a las cosas como estaban, que ya yo me había sabido defender solita y que no iba a

permitir que se acercase más a mí.

—Siento impotencia, hija.

—Papá, lo sé, pero, tranquilo, que no dejaré que me vuelva a engañar, ya he tenido suficiente con que lo haya hecho dos veces.

—Solo quiero protegerte, cariño... Soy tu padre y no voy a permitir que ese cabrón te maltrate de esa forma. Eres mi hija y eres lo que más quiero, por Dios.

—Lo sé, te quiero — dije mientras me levantaba para darle un abrazo y

dejarlo tranquilo.

Me pasé toda la semana comiendo en casa de mis padres. Necesitaba estar con ellos y sentirme arropada. Los días en la oficina estaban transcurriendo con mucha tensión ya que siempre entraba Jordi echándome una mirada desafiante. Además inventaba mil excusas para que fuese a su despacho y darme algún expediente, pero no le daba ni la más mínima oportunidad de que me dirigiese la palabra. Mi compañero cotilla más de una vez quiso invitarme a desayunar, pero yo me negué. Bastante tenía con lo que tenía yo para que aquel chivato intentara sonsacarme.

Era jueves por fin y, al salir del trabajo, me fui a comer sola al bar de enfrente. En ese momento recibí una llamada de Sergi. Me aseguré de que iba a estar sola.

—Hola, Sergi.

—Hola, señorita bancaria.

—Mira quién fue hablar, el agente de la autoridad...

—De eso mismo quería hablarte

—¿Me vas a multar?

—Para nada, yo soy más serio y duro aún con la ley, así que te voy a detener mañana y, como hasta el lunes no hay juicio rápido, tendrás que quedarte retenida todo el fin de semana a mi lado.

—Sergi, no leas más Cincuenta sombras de Grey, por favor. Y ¿De qué se me acusa?

—De enamorarse con tu sonrisa a un pobre agente de la autoridad. ¿Has visto qué bonito me ha quedado?

—Y cursi también. ¿Tú? ¿Enamorarte?
¡Anda ya!

—Mira, calla y escucha

*“Y sabes que eres la princesa de mis
sueños encantados,*

*Cuantas guerras he librado por
tenerte aquí a mi lado.*

*No me canso de buscarte, no me
importaría arriesgarte.*

*Si al final de esta aventura yo lograra
conquistarte.*

*Y he pintado a mi princesa, en un
cuadro imaginario.*

Le cantaba en el oído, susurrando muy

despacio.

Tanto tiempo he naufragado, y yo sé que no fue en vano.

No he dejado de intentarlo, porque creo en los milagros.”

Cuando escuché la canción, una sonrisa salió de mi boca. Me puso la piel de gallina. Qué contradicción. Jordi era la pesadilla y Sergi se estaba convirtiendo en el bálsamo que yo necesitaba para calmar mi dolor, un dolor demasiado profundo para que desapareciera pronto.

—Qué bonita Sergi. Es una canción que me encanta.

—Insisto. Mañana te recojo a las dos, en la puerta de tu trabajo, así que coge un taxi para ir mañana a trabajar porque después te vienes conmigo.

—Madre mía, al menos déjame ir a mi casa a cambiarme y a ponerme cómoda.

—Negativo, te llevas una mochila con la ropa que te vayas a poner luego y te cambias en el banco antes de salir.

—No veas lo exigente que estás señor agente.

Me ponía llamarlo “señor agente”. Me

ponía y mucho, pero tampoco quería precipitarme. Debía ir despacio con aquel chico que, como a mí, le habían roto el corazón.

—Más vale que mañana no me encuentre al señor director porque si no vas a saber lo duro que puedo llegar a ser.

—Por favor, no te metas. No quiero que todo ese asunto salpique a más gente y perjudique a mi trabajo.

—Está bien. Te haré caso, pero ganas no me faltan...

—Bueno, entonces ¿qué plan tienes para mañana?

—Error, lo tengo para todo el fin de semana.

—Bueno, pero por las noches volveré a mi casa.

—Eso ya lo veremos, lo discutiremos durante la comida.

—¡Qué cabezón eres, hijo! Te has puesto en plan misterioso como el de las Cincuenta sombras y me dejas aquí con la intriga y el nerviosismo. Eres cabezón y tontorrón — dije

bromeando, intentando seguirle el juego.

—Y tú eres una preciosidad...

—Venga, mañana te espero — dije sonriendo.

—Hasta mañana, princesa.

Capítulo 4

Salí de la oficina antes que todos mis compañeros. No quería permanecer ni un segundo más allí. Jordi me tenía desquiciada y yo sabía que a la mínima iba a saltar, aunque estuviese en mi lugar de trabajo con actitud responsable y eficiente, que es lo que siempre me había definido y caracterizado dentro de aquel banco.

Vi a Sergi nada más salir. Estaba

apoyado en una farola mirando el móvil. Lo llamé y vino a mi encuentro. Nos dimos un gran abrazo y un beso en la mejilla.

Al separarme de él, escuché a alguien carraspear. Me di la vuelta y vi mirándonos a Jordi, sin disimulo.

Parecía una olla a presión a punto de estallar. De nuevo volvía a tener ese semblante desencajado, de desesperación, que yo tanto odiaba, porque, detrás de esa cara, solamente existía el odio y un egoísmo inmensos.

Si pensaba que yo iba a calmarlo dejando que me diera explicaciones de su estado emocional y de su relación amorosa con Coral, lo llevaba claro. No

podía jugar a dos bandas. No iba a aceptar a un tipo que llevaba una vida paralela. Estábamos locos o qué.

¿Tendría morro? Después de todo lo de su mujer, ¿se atrevía a enfadarse?

Pensaba que yo no sería capaz de reiniciar mi vida sin él. Pensaba que al final yo iba a comer de su mano. Pues estaba muy equivocado.

Bastante tenía yo con verlo en el trabajo y hacer todo lo que me mandaba para cumplir a tiempo con los objetivos de la sucursal. Pasaba de perder el tiempo con él, pues yo no tenía nada que explicarle.

—Había pensado en que comiéramos

fuera — dijo Sergi llamando mi atención.

Sergi había entendido perfectamente quién era ese hombre que, detrás de mí, lo miraba con ganas de matarlo. Lo feliz que me sentía al ver aquella escena. Sería inolvidable. Y, si tenía oportunidad de contárselo a las chicas, iban a flipar en colores.

—Estoy agotada, Sergi, ¿qué te parece si comemos algo en mi casa?

Esa vez Jordi no carraspeó, sino que tosió. Era patético ver aquello. Cómo se

podía rebajar de esa forma. Cómo no podía darse cuenta de que mi interés estaba ahora en otra persona que verdaderamente estaba empezando a ver quién era yo de verdad, que estaba empezando a ver que mis sentimientos eran buenos y que no había nada oscuro en mí.

Sergi sabía valorarme como mujer y como persona. Y estaba conquistándome poco a poco, despacio, con pequeños detalles, sin grandes pretensiones.

No había nada de esa poesía con la que me engañó Jordi, de esa leyenda de las luciérnagas que alumbran incesantes para atraer a las hembras. No había nada de esos mensajes a modo de breves

poemas que tanto me gustaron.

No. Sergi iba al grano y trataba de ser sencillo y humilde en su forma de actuar, mientras que Jordi solamente trataba de impresionar, de conquistar a través de grandes sorpresas para luego decepcionarte y comprobar que, detrás de todo aquello, no había absolutamente nada, solo la falsedad de quien ni siquiera se quiere a sí mismo.

Y allí estaba, detrás de mí, tosiendo para que yo le hiciera caso. Por mí como si se atragantaba, me daba igual. Menudo idiota.

—Vale, pero compramos algo de comida por el camino. No vas a

ponerte a cocinar ahora que tenemos muchas cosas que hacer. Estoy deseando.

—Siempre tengo comida congelada. De la que hace mi madre. Está riquísima — me reí.

—Como las madres no cocina nadie — dijo él con un tono amable y lleno de complicidad.

—Entonces, descongelaremos unas habichuelas con jamón que están para morirse, señor Grey — contesté yo inmediatamente con intención de

reírme de él.

—No, ni eso, llegamos, te sientas y nada más. Oye, que yo no he leído las Cincuenta sombras esas.

—Oye, que nos vamos del tema. No quiero que cocines ni que descongeles nada. Yo me encargo de todo, ¿vale?
— dijo él, atento y dispuesto a agradarme.

Jordi seguía allí, esperando a que yo en cualquier momento me dirigiera a él. ¡Qué equivocado estaba! Parecía una estatua de Las Ramblas. Daban

ganas de echarle una moneda a ver si se movía o se marchaba, mejor lo segundo.

—Está bien — dije yo, asintiendo.

—Y la cena igual — me guiñó un ojo.

—Oh, como quieras, yo me tumbo y tú te encargas de todo. Tengo un buen sofá en casa en el que se duerme de escándalo — mentí en aquella frase, porque aún me seguía doliendo la espalda de la última vez que estuve durmiendo allí.

—¿Por qué no? — rio siguiéndome el juego.

Jordi cada vez estaba más tenso, tenía los puños cerrados y la cara casi morada. ¿No se daba cuenta de que estaba haciendo el ridículo? ¿No se daba cuenta de que no me interesaba hablar con él? ¿No le había quedado claro todo lo que le había dicho?

—¿Vienes en coche?

—No, vine en taxi, como me dijiste.

—Mejor, así nos vamos en el mío

entonces.

Fuimos juntos al aparcamiento y pasamos al lado de Jordi, que estaba más que enfadado. Lo miré de reojo y vi que estuvo a punto de cogermme por el codo, pero se quedó con la mano en el aire, sin llegar a tocarme. Yo me agarré del brazo de Sergi. Ahí la llevas, gilipollas, pensé. Merecía eso y mucho más, porque lo que no podía permitir es que se saliera con la suya, después de los días de duelo y sufrimiento que había llevado tras contarme Lucía todo lo que había sucedido y que había hecho estallar por los aires cualquier proyecto de vida que yo tuviese.

En realidad, sabía que me estaba pasado un poco, pero no podía evitarlo. O quizá no me estaba pasando. ¿Qué hubiera hecho otra mujer como yo en mi lugar? ¿Se hubiera quedado delante de él a esperar que le diera las explicaciones necesarias? ¿No era eso una forma de humillarse? No.

No podía dejar que Jordi dominara la situación, que intentara doblegarme y hacerme sentir culpable cuando argumentara sobre su situación sentimental y familiar. Mi reacción era como devolverle una parte de todo el daño que él me estaba haciendo. Y lo que yo pensara sobre su reacción, me importaba una mierda... bueno, ese era

otro tema del que en ese momento no quería ocuparme, porque yo sabía cómo me sentía yo y no necesitaba ahora mismo volverme loca averiguando si Jordi estaba sufriendo lo mismo que yo. Como en la anterior vez que rompimos, se había portado como un cabrón y no había otra forma de calificar ese comportamiento. Era un cabrón.

Sergi y yo llegamos a casa y devoramos la comida que pedimos a un chino. Se me había antojado comer rollitos de primavera y, aunque él prefería otra cosa, accedió. Hacía siglos que no me comía uno de aquellos rollitos y entonces me acordé de Lucía cuando

hablaba de las hamburguesas, de esa grasienta masa de carne que tanto la excitaba, pese a la enorme cantidad de calorías.

—Sergi, tengo que disculparme — le dije mientras comíamos. No había sacado el tema aún y yo sabía que le debía una disculpa.

—No tiene importancia. La vida es lo que tiene. Has sido muy valiente y creo que el tío ha recibido lo que se merecía— negó con la cabeza, sabiendo a qué me refería.

—Sí, la tiene, te he usado y yo no soy así.

—Joder, Erika, ni que hubieras follado conmigo para que te viera. No hiciste nada, solo demostrarle que ya no te afecta tanto vuestra ruptura. Porque es él, ¿no?

Más que una pregunta, fue una afirmación.

—Sí, él es Jordi. Y yo jamás te haría eso — dije horrorizada.

—¿Follar conmigo?

—No seas idiota — casi me atraganto con los tallarines y doy el espectáculo mientras me salen por mi boca. Sergi me dio varios golpecitos en la espalda mientras yo intentaba recuperarme —. Usarte — gemí al final.

—Mmmm... ¿Entonces follarme sí?

—Sergi...no te pongas en plan Cincuenta sombras — intenté, sonar borde pero la risa me lo impedía.

—Bueno, uno tiene que estar preparado. Hace mucho que no...

—Hey, vale, no me interesa tu vida sexual.

—No te preocupes, tú serás diferente — lo dije tan serio que se me quitaron las ganas de reírme —. Tienes que olvidarlo, Erika, no te hace bien — siguió diciendo.

—El primer paso para olvidarlo es que no tengo que hablar de él cada cinco minutos — esa vez soné borde sin quererlo —. Lo siento...

—No, no te disculpes, tienes razón.

Así que tema cerrado, tenemos el fin de semana por delante y quiero verte riendo. Así que abre la boca.

Me metió casi a la fuerza un tenedor con comida y el ambiente se empezó a destensar. La temperatura en casa era agradable. La luz de la tarde se filtraba entre las cortinas y el trino alborotado de algunos pájaros entre los árboles llegaba hasta casa. Estábamos cómodos.

Puse un poco de música, mientras comíamos. Algo de pop español y a Sergi lo vi como una persona próxima, familiar, que tenía ganas de gustar. Pero él también sabía, pese a sus chistes picantes, que yo necesitaba mi tiempo

para asimilar todo lo que había pasado y lo que estaba pasando. Pero no entraba en mis planes dejar escapar a aquel muchacho.

Uno de mis errores a lo largo de mi vida ha sido la necesidad continua de encontrar hombres ideales, un príncipe azul para Cenicienta, que soy yo. Y, quizá, debería haber bajado el nivel de expectativas sobre los hombres que yo verdaderamente buscaba.

Debía haber buscado hombres sencillos y humildes, que condujeran coches de segunda mano y que estuvieran luchando hasta final de mes para pagar una hipoteca. Seguramente los hombres como Jordi, triunfadores y con dinero,

solamente traían la desgracia y la infelicidad.

Tendría que haberme dado cuenta de todo esto mucho antes, no ahora. Pero se aprende de la experiencia y yo había aprendido la lección. O eso creía.

Disfrutaba mucho de la compañía de Sergi, pero no quería estar hablando de Jordi ni con él ni con nadie. Tenía que superar ese desastre de mi vida y eso no ayudaba. Nombrarlo era recordarlo, obsesionarme, que volviera la ansiedad a mi cuerpo y que volvieran a temblarme las manos. Cualquiera que estuviera delante de mí se daría cuenta de que algo me pasaba y ese algo tenía desafortunadamente un nombre, un

nombre maldito.

Pasamos la tarde viendo películas y bromeando. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien en mi propia casa.

Aunque había momentos en los que miraba a un rincón y un recuerdo de Jordi venía a mi mente. Pero parecía como si Sergi pudiera leerme el pensamiento y, en esos momentos, decía o hacía algo que me hacía volver a la realidad y a seguir disfrutando de su compañía.

—No voy a volver a ver Titanic, te pongas como te pongas. Ya he visto Ghost contigo y me parece suficiente. Nos van a dar aquí las tantas con el

DiCaprio — dijo Jordi con tono de burla.

—Porfi, porfi... déjame que vea solo la primera hora y te prometo que la paro y ya decides tú — dije yo con dulzura y poniendo cara de tonta y de pava.

En ese instante, Carmen me llamó y quedamos en salir la noche siguiente a tomar unas copas con Lucía y Yosuf, y Álex, por supuesto.

Le pregunté a Sergi si quería acompañarnos y dijo que por supuesto que sí, así que avisé a mis amigas de

que un amigo se vendría conmigo para que no les cogiera por sorpresa, aunque a Lucía ya le había hablado de este amigo.

Sabía de todas formas que iba a ser el motivo de sus comentarios y sus bromas y, conociéndolas como las conocía, sabía me harían pasar vergüenza seguro como así fue.

Pero me daba igual, estaba feliz y al final Lucía iba a tener razón. Con Sergi había renacido, con Sergi, aunque no se lo había manifestado abiertamente, podía comenzar de nuevo, superar mi dolor y también el suyo, pues él también había sido abandonado por una chica. Después de cenar, Sergi se marchó a

casa, ninguno de los dos recordó mi “oferta” para que se quedara a dormir, ambos sabíamos por qué yo lo había dicho. Por joder a Jordi, nada más.

Me levanté el sábado de buen humor y me puse a limpiar con música y el día se me pasó volando. Mientras tomaba un baño pensaba en cómo de diferente había amanecido ese día. Sabía que Sergi tenía mucho que ver y ese chico me atraía. Para qué negarlo. Era evidente que mi nuevo amigo había hecho que mi vida mejorara notablemente.

Pero también tenía claro que nada podía existir entre nosotros. Al menos nada serio. No, cuando Jordi no se iba del

todo de mi vida y yo seguía obsesionada con él.

No era fácil olvidar todo lo que habíamos vivido y...

Mierda, otra vez estaba con lo mismo. El buen humor con el que me desperté se esfumó de repente.

Salí de la ducha enfadada y me arreglé para la salida de la noche con los chicos.

Sergi me estaba esperando abajo y yo no me hice de rogar. Nos dimos un amistoso beso al vernos y salimos directos para el restaurante en el que habíamos quedado.

Todos le dieron la bienvenida y Sergi se

integró rápidamente en el grupo, eso era algo que me gustaba de él, además que el ambiente siempre era relajado, no había tensión a su lado. Claro que tampoco lo conocía del todo, pero era un chico muy cariñoso y bromista.

Mis amigos no nombraron a Jordi en ningún momento, cosa que agradecí, intentaban ayudarme a superar la ruptura. Ni siquiera Álex, su amigo, hizo mención a él en toda la noche. A Lucía y a Carmen, como luego me dijeron, Sergi les cayó bien y lo mejor de todo es que a mí me veían ilusionada y, por primera vez en mucho tiempo, me olvidé del nombre de Jordi. Aquella noche volvieron los chistes, las

conversaciones amenas, los recuerdos felices y las anécdotas de siempre. Las chicas y yo volvíamos a brillar, y a Sergi lo vi feliz también a mi lado.

Acabamos en un pub bailando y riendo mientras bebíamos sin parar. Sergi estaba muy pendiente de mí pero yo quería beber y seguir disfrutando.

La noche se nos pasó de prisa y, cuando llegué a casa, caí muerta en la cama.

Me levanté a la mañana siguiente con resaca. Me dolía todo el cuerpo, sobre todo los pies. Me di cuenta que, hasta con los tacones, había dormido. Me senté a la mesa de la cocina con mi taza de café recién hecho a fumarme un

cigarro mientras cogía el móvil.

No me había enterado del mensaje de WhatsApp, lo abrí y vi que era de Sergi.

“Buenos días, preciosa. Me lo pasé muy bien anoche aunque tengo una resaca de caballo. ¿Te apetece salir a tomar un café esta tarde? Yo lo estoy deseando y perdona que sea tan atrevido al escribirte esta última frase”

“Buenas tardes ya, Sergi. Me pasa igual, estoy para el arrastre. ¿Qué tal si nos lo tomamos en mi casa? No tengo el cuerpo para mucho

movimiento. Y así terminamos de ver esa película que tanto te gusta, Titanic”

“Ok. Bueno, aunque sea con Titanic, allí estaré porque me apetece mucho verte. Sobre las cinco estoy allí.”

“Muy bien, te espero.”

Ni siquiera almorcé ese día. Mi estómago no estaba bien. Sergi apareció puntual con unos pasteles y eso sí que me lo comí, necesitaba azúcar. No sé en qué pastelería los había comprado, pero se deshacían en la boca y volvía acordarme de Lucía y de sus ganas de

comer hamburguesas llenas hasta arriba de calorías.

Estábamos los dos agotados y nos quedamos en el sofá vagueando. La paz que se respiraba al lado de Sergi era tan diferente a Jordi que...

Me regañé mentalmente por volver a pensar en él. En ese momento, como si lo hubiese invocado, me llegó un mensaje de él. Miré el móvil como si fuese el mismísimo demonio y en cualquier momento me fuera a morder o algo así.

Al final, bajo la atenta mirada de Sergi, que intuía lo que ocurría, leí el mensaje.

“Parece que me olvidaste pronto. No me esperaba esto de ti. Me ofende lo que has hecho”

Sus palabras se me clavaron como puñales porque no se podía ser más cínico. No iba ni a contestarle.

—¿Jordi? — preguntó Sergi, se había aprendido bien el nombre.

—Sí.

—Estaba abajo — me dijo como si nada.

—¿Cómo que abajo?

—Cuando llegué estaba abajo, iba a llamar al portero cuando me vio. Imagino que el mensaje iría por mí.

Estaba a punto de ponerme a chillar. ¿Qué demonios quería ahora? ¿Qué iba a buscar en mi casa? Ese hombre estaba fatal de la cabeza.

A Sergi le costó que yo me relajara a partir de ese momento. Me disculpó por mi mal humor y le agradecí que me dejara sola. Quedamos en vernos en los próximos días.

Ya no tenía la cabeza en otro sitio que no fuera el idiota de Jordi. Las preguntas empezaron a rondar por mi mente. ¿Por qué tanta insistencia en hablar conmigo? ¿Querría volver a mi lado? ¿Habría una explicación lógica para hacer lo que hizo? La luz de la tarde moría en el salón y las sombras de los objetos recorrían las paredes. Noté que Sergi estaba muy mosqueado. Al final me dije que me daba igual y entre nosotros no había nada más que hablar.

Con ese pensamiento, volví a dormirme en el sofá.

Capítulo 5

Llegué el lunes al trabajo de muy mal humor. No sabía cómo iba a actuar cuando viera a Jordi, pero como me soltara lo más mínimo, a la mierda lo mandaba.

Casi no había pegado ojo en toda la noche, intentando entender para qué había ido a mi casa, aparte de para dar por culo, claro, y no en sentido literal. Entré y vi que ya estaba en la oficina.

Solté el bolso y me puse a trabajar inmediatamente, estando concentrada se me pasaría el día rápido.

—Erika...

Levanté la cabeza y miré a mi compañero, al cotilla, al que solo sabía hacerme la pelota para que le contara cosas.

—Dime.

—Jordi quiere verte, te espera en su despacho.

—Dile que estoy ocupada — volví a agachar la cabeza para concentrarme en los documentos.

—Me ha dicho que sin excusas — insistió este con un tono enérgico, esperando a que yo reaccionara.

—Bueno, pues que diga lo que quiera. Dije que estoy ocupada y lo estoy — respondí con determinación y con ganas de contradecir a aquel patético mensajero.

Mi compañero resopló y se fue. Yo

seguí enfrascada en mi trabajo pero ya me había puesto nerviosa.

Un rato después escuché que me llamaba.

—Erika, tenemos que hablar — dijo con ese tono de jefe mandón que solo él podía poner.

—Estoy ocupada — dije alto para que me oyera sin tener que mirarlo a la cara.

—No te lo volveré a repetir.

—No puedo.

—Erika... — noté el enfado en su voz.

Levanté la cabeza y lo miré. Si las miradas quemaran, él sería cenizas en ese momento.

—Es mi hora de desayunar — dije rápidamente, cogí el bolso y salí casi corriendo de la oficina. Me inventaría lo que fuera con tal de no hablar con él, ya estaba cansada.

Entré corriendo en el bar de siempre. Pedí un café con leche y salí con él a la calle en el momento en el que Jordi

estaba a punto de acercarse a la barra.

Nada, pensé, que al idiota le ha dado por mí... Y estaba preocupándome esa reacción porque temía que, detrás de aquella actitud machista y posesiva, hubiera algo más peligroso.

Pese a que debía mostrarme muy valiente, el miedo se estaba apoderando de mí. Yo no sabía qué hacer ni cómo afrontar este tipo de reacciones que tanto me afectaban y que tanto me preocupaban.

Estaba loca. Me sentía como si estuviese encerrada en una habitación a oscuras. No puedo describir esa angustia de una manera más precisa.

Yo conocía mis limitaciones y sabía

que podía resurgir de mis cenizas, como me había dicho Lucía, pero ahora me parecía imposible. Y ahí estaba él, cerca de mí, con cara de perro, buscando justificar lo injustificable.

El miedo a veces obliga a que nos comportemos de una forma que no esperamos y yo sabía que ante Jordi no podía venirme abajo, no podía mostrar debilidad, aunque me temblaran las piernas.

—Te he dicho que me dejes —dije yo, enfadada.

—No te voy a dejar. Necesito explicarte algo — dijo rápidamente como si la tuviera ya preparada.

—Cómprate otra vida, tío. Cómprate otra vida — sentencié con tono amenazante.

—Estoy harto de ir detrás de ti como si fuese tu perro faldero. Estoy harto, ¿me oyes? — volvió a mostrarse amenazante.

De nuevo la gente que estaba allí tan tranquila se giró para mirarnos. Estaban sobrecogidos por aquel espectáculo que

habíamos empezado a dar sin cobrar entrada. No podía jamás imaginar que me iba a encontrar en una situación así, que iba a enfrentarme cara a cara contra un tipo tan celoso y tan cabrón.

—No vas a conseguir que te escuche— dije con tono severo, volviéndome a hacer la dura.

—Estás volviéndome loco. ¿Me oyes? Loco — repuso él sin dejar ese tono amenazante.

—Me has destrozado la vida, cabrón, mil veces cabrón — volví a decirle

sin que me importara que la gente me escuchara.

—Yo no te he destrozado nada. Yo no soy culpable de lo que ha pasado — dijo en un tono más bajo con intención de no alarmar más a la gente que estaba allí, a nuestro alrededor.

—¿No eres responsable? Hasta aquí hemos llegado — contesté y me marché con el café en la mano afuera.

No podía seguir con aquella conversación. Yo me había quedado muda al escuchar aquella respuesta, al

comprobar que se estaba haciendo la víctima y no podía hacer que él se sintiera víctima precisamente, porque eso era lo que él quería cuando la víctima era yo, solo yo.

Me lo tomé medio escondida entre los coches aparcados y me fumé un cigarro, deseando que no me viera. Cuando llegué a la oficina, me lo encontré sentado a mi mesa, en el sitio destinado a los clientes.

—¿Quieres hacer el favor de dejarme en paz? — estaba temblando del enfado.

—Tenemos que hablar, te lo repito.
Haz el favor de sentarte y charlemos.

—¿Es sobre trabajo?

—No. No es sobre trabajo. No te pongas ahora en plan profesional y déjame que te cuente — intentó modular el volumen de su voz para no montar una escena, pero mis compañeros estaban todos pendientes de nosotros.

—Entonces no sé cómo decirte que no tenemos nada más que hablar. ¿Te lo digo en coreano? — pregunté borde.

—Me estás enfadando, Erika, y ya te digo yo que no te gustará verme enfadado.

—Mira cómo tiemblo — me reí pero en el fondo no quería verlo enfadado —. Déjame en paz. ¿Crees que puedes venir a mi puesto de trabajo a amenazarme? ¿Crees que puedes hacer algo así? ¿Sabes que te puedo denunciar por acoso? ¿Sabes que una denuncia con testigos como tenemos delante y en el bar sería el fin de tu carrera profesional? ¿O no te quieres dar cuenta? Olvídate de mí. Olvida mi nombre para siempre — repliqué

mirándole a los ojos con suma frialdad.

—¿La señorita Erika Bonnet?

Los dos miramos al repartidor y pusimos cara de asombro y la de Jordi se convirtió rápidamente en cara de enfado.

—Yo — dije sonriendo de oreja a oreja. Sonrisa que esperaba no se me borrara porque si era Jordi quien me enviaba ese precioso ramo de rosas rojas, iba a comérselo cual vaca.

Le firmé el justificante de entrega al chico y cogí el ramo. Lo puse sobre la mesa y encontré la tarjeta. Mis manos temblaban al cogerla porque temía la reacción de Jordi.

“Es la única manera que encuentro de agradecerte que llegaras a mi vida. Sueño contigo y eres la razón por la que me levanto todos los días. Te lo agradeceré cada día.

Sergi.”

Un “oh” prolongado salió de mis labios porque ese hombre era adorable.

Jordi me quitó la tarjeta de las manos, la leyó y la rompió en pedazos delante de mis narices. Pero yo no quité la sonrisa de mi cara. Si quería joderme, más iba a joderle yo. Estaba celoso y fuera de sí.

—No lo voy a permitir — dijo antes de levantarse y marcharse.

Imaginé que se refería a que Sergi y yo tuviéramos algo, pero miré las rosas de nuevo e ignoré al imbécil de Jordi. Como me ignoró él a mí lo que restaba de día, y yo estaba más que agradecida por ello.

Pero al día siguiente volvió a la carga. Yo estaba ya que ni al servicio podía ir. Me lo encontraba a la salida del baño, cuando iba a desayunar, cuando salía del coche, cuando iba a beber agua. Fuera donde fuera, allí estaba él diciendo: “Erika, tenemos que hablar.” Y yo ya había cambiado el “No tenemos nada más que hablar” por el “Vete a la mierda.”

Y los continuos regalos de Sergi no ayudaban: una caja de bombones, unas entradas a la ópera. No sé cómo lo hacía Jordi, pero cada vez que venía el chico de los recados, él estaba a mi lado intentando dar por saco. Sergi se estaba convirtiendo en ese hombre detallista

que tanto me gusta.

Porque no hay mejor forma de halagar a una mujer que recordarle con un regalo que piensas en ella, que la tienes presente constantemente y eso resulta siempre encantador. Con aquellos regalos, volvía a ser la Cenicienta del cuento, cuando le prueban el zapato.

Los continuos mensajes de Sergi y sus detalles eran lo único que conseguían que mejorara mi mal humor. Ni siquiera se lo conté a mis amigas porque sabía cómo iban a ponerse.

Había estado ciega y seguía ciega. Sabía que un amor verdadero no se borra tan fácilmente y debo reconocer que vivía en una contradicción porque, por un

lado, disfrutaba viendo a Jordi en ese estado, pero, por otro lado, no me gustaba verlo así.

Era un ser irreconocible, que no encontraba su lugar en el mundo. Mis padres me habían enseñado a amar. Me habían enseñado que la vida se basa en el amor y en el afecto hacia los otros, en un compromiso continuo y sincero.

Por esa razón, Lucía me envidiaba porque yo amaba y sufría por el amor. Pero jamás desearía a una amiga como esa que pasara por lo que yo estaba pasando.

El miércoles, con un ataque de nervios impresionante, estaba dando vueltas y

vueltas por la casa mientras gesticulaba con las manos y despotricaba acordándome de Jordi y de toda su familia. Cuando el timbre de la puerta sonó y casi me da un infarto pensando en que podía ser el imbécil de mi jefe, así lo había bautizado ya, aparte de otros muchos calificativos que me encantaba decirle.

Miré por la mirilla, medio asustada. El alivio me embargó al ver a Sergi. Le abrí la puerta rápidamente y lo invité a pasar.

—¿Estás bien? ¿Por qué no coges el móvil? —preguntó nada más entrar.

—No me di cuenta — cogí el móvil y volví a ponerle el sonido, solo quería estar un rato tranquila y lo puse en vibración.

—Cuéntame qué pasa. Por favor, cuéntame qué pasa porque así te quedarás más tranquila.

—¿Qué pasa? ¡¿Qué pasa?! — exploté — Que es idiota, eso es lo que me pasa — Sergi se cruzó de brazos y se quedó de pie mientras yo volvía a pasearme por la casa —. Lleva toda la semana dándome por culo. Erika, tenemos que hablar — dije intentando imitar su voz —. En el bar, en la calle,

en el aparcamiento... ¡En la jodida oficina! No me deja respirar, no sé qué coño quiere, pero si es volverme loca, ¡lo va a conseguir! — dije chillando a pleno pulmón.

—Eh, relájate — se acercó a mí, me paró y cogió mi cara con sus manos —. Está celoso y está llamando tu atención. Tienes que ser fuerte y pedir el traslado o denunciarlo para que lo despidan y desaparezca de tu vida para siempre. Recuerda que trabajo en la policía y podría ayudarte enseguida.

—Celoso... Que le den, me tiene hasta el c...

—Lo sé — me cortó Sergi —. Pero estás nerviosa, vas a enfermarte.

—¡Él me pone nerviosa!

—¿Segura que no quieres volver con él?

—¡No!

—Pues apártalo en tu cabeza. Ese hombre no puede gobernar tu vida, aunque trabajes codo con codo con él. Eres una profesional y una mujer madura. Tú estás por encima de esa

situación y lo demuestras cada día.

—Entiendo lo que me dices — dije con serenidad, evitando preocupar más a Sergi.

—Entonces relájate. Mírame — lo hice y él me sonrió —. Ahora estoy aquí, piensa solo en mí.

—Tienes razón, Sergi, me estoy perdiendo un montón de cosas maravillosas — dije mientras lo miraba fijamente, pues su sonrisa me estaba alegrando la tarde y yo era también partícipe de aquel entusiasmo que él me quería transmitir dándome

su apoyo y toda su confianza.

No le podía pedir más a aquel instante en que todo parecía haberse acomodado en una suerte de felicidad. Me quedé observándolo y, sacando la loba furiosa que llevaba dentro, me abalancé sobre él a besarlo. Pensé que me diría que no, que no en ese estado, al menos, pero no fue así.

Sergi devoró mi boca y la pasión se apoderó de nosotros. Llegamos a trompicones a la cama, quitándonos la ropa por el camino. Casi no nos dio tiempo a los preliminares, sabíamos lo que queríamos y lo queríamos ya.

Se puso el preservativo y se tumbó

encima de mí. Me penetró tan rápido que solté un pequeño grito por esa mezcla entre dolor y placer. Nos movíamos furiosos, sedientos el uno del otro.

El orgasmo fue rápido y bestial, y Sergi se corrió instantes después. Luego cayó sobre la cama. Lo noté emocionado y rendido del cansancio. De nuevo otro hombre, otro cuerpo que yacía junto a mí, y la confusión de sentimientos volvía a mí.

Nos quedamos tumbados sin decirnos nada, solo intentando respirar. Me levanté, cogí mi ropa y fui a aseoarme. No quería pensar en lo que acababa de hacer, no en ese momento.

Tenía derecho a hacerlo, tenía todo el

derecho y a Sergi y a mí nos apetecía ser felices por un momento, ver que era posible evadirnos del mundo.

—¿Te ha gustado? — preguntó Sergi, todavía excitado.

—Esas cosas no se preguntan.

—No se preguntan. Ahora me entero yo.

—Pues sí... no se pregunta — repetí yo.

—Me he quedado de piedra. Pensaba que ibas a decirme que lo repitiéramos.

—Estoy agotada.

—Eso es buena señal — dijo él riendo.

—Eres un idiota, Sergi. O quizá debo llamarte Sr. Grey.

—No me importaría. Puedo realizar cualquiera de esas fantasías sexuales que tienes ahora en tu cabeza.

—No seas pesado. No sé ni cómo ha pasado.

—No le des vuelta. Simplemente ha pasado.

—Me da miedo, Sergi. Me da miedo hacerte esto.

—¿El qué? — preguntó él extrañado.

—No sé cómo explicarlo. Me da miedo hacerte daño. Que esta relación no llegue a ningún sitio.

—Joder, tan malo ha sido el polvo.

—No. Hablo en serio. He sufrido mucho y no estoy segura de si empezar con otra relación es lo que debo hacer — dije con serenidad.

—Nadie sabe cómo acaba una relación. Nadie sabe lo que dura. Parejas felices y casadas durante años rompen repentinamente sin que nadie lo espere — dijo él confiando en la sabiduría de sus palabras.

—Tienes razón. Disfrutemos sencillamente — añadí yo y lo miré

con miedo en los ojos.

Esos primeros momentos de mirarnos fueron un poco tensos, pero al final sonreímos y pasamos la tarde relajados, como siempre. Sergi de vez en cuando me miraba con cariño y me besaba, y yo le correspondía con otro beso.

Se despidió de mí después de cenar, diciéndome que ese fin de semana tenía que trabajar y no podríamos vernos, me dio un beso y se fue.

Me acosté en la cama pensando en qué demonios había hecho. Me había acostado con Sergi, lo había disfrutado, pero el imbécil de Jordi ni por esas se iba de mi mente.

Parecía que yo encontraba placer en sentirme culpable y no, no era eso lo que debía pasar. No podía caer en esa trampa. Muchos tíos pretenden eso, que caigamos en una trampa para tenernos más atadas a ese sentimiento de culpabilidad.

Sergi y yo no nos habíamos prometido nada, pero sabía que seguir viéndolo implicaba que volvería a pasar. No era solo sexo, había cariño. Pero amor...

No, eso seguía siendo para Jordi.

Maldita sea, estaba jodida.

Capítulo 6

Por fin había llegado el viernes. Seguía estresada y deseando irme a mi casa el fin de semana a relajarme así que solo me quedaba a echar la última mañana laboral y pirarme hasta el lunes.

Estaba tranquilamente sentada en mi mesa cuando me dispuse ir a tomar un café al bar de enfrente. Al salir por la puerta de la sucursal, apareció Coral, la esposa de Jordi.

—Hola, Erika, venía a hablar contigo
— dijo ella con un tono relajado, algo que no era propio de ella.

—Que yo sepa ya no tienes cuenta en esa sucursal. Para cualquier cosa prefiero que la hables directamente con Jordi — respondí automáticamente sin mirarla a los ojos.

—No es nada relacionado con vuestra entidad.

—Pues entonces, discúlpame, pero no tengo nada que hablar contigo — dije mientras me dirigía directamente hacia

el bar dejándola con la palabra en la boca.

Me senté en la silla de la terraza y vi que venía detrás de mí. De repente, sentí que mis manos temblaban. Volvía a sentir un escalofrío a lo largo de mi espalda.

—Me vas a escuchar por las buenas o por las malas, como tú prefieras...

—Te vas a ir a la mierda por las buenas o por las malas... ¡ así que tú decides! — dije con grosería, marcando mi territorio.

—Eres una niñaata, ¿me oyes?

—Lo que tú digas, guapa — dije en voz flojita guiñándole el ojo con ironía.

—Acércate a Jordi y te prometo que te van a tener que velar.

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Por qué me amenazas? — pregunté con intención de enfrentarme a ella y, si hacía falta, lo haría con las manos.

—¿Estás bromeando, verdad?

—No. Lo digo en serio, Coral. Mide tus palabras.

—No me vas a dar ninguna orden, ¿entiendes?

—No es una orden. Es una amenaza. Estoy harta de ti y del gilipollas de tu marido, que, por desgracia, es mi jefe.

—Es lo que te ha tocado, bonita. Y quiero que me escuches bien lo que te voy a decir — volvió Coral a su tono amenazante de siempre.

—Si me vas a insultar, no me voy a quedar quieta. Ya te lo he dicho —

contesté yo sin achantarme.

—Calla, puta. Que eso es lo que eres. Una puta — escupió por su boca como si las palabras fuesen veneno.

En ese momento me levanté de la silla para lanzarme a por ella y, de repente, apareció Jordi.

—No me das miedo. Te puedes quedar con Jordi y con tu asquerosa vida — sentencié yo.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué haces aquí, Coral? — preguntó enfadado Jordi irrumpiendo en nuestra acalorada

discusión.

—No voy a permitir que esta niñata se meta donde no le llamen — respondió de forma chulesca.

—Primera y última vez que te acercas a ella ¿te ha quedado claro? — dijo Jordi agarrándola del brazo y llevándosela de mi lado muy enfadado.

—¡Esto no se va a quedar aquí! — gritaba ella mientras se alejaba.

—Si tienes ovarios, vuelve. Te estaré esperando, imbécil — dije con ganas de pelea.

Me quedé muy enfadada, tomándome el café, pero en el fondo me sentí orgullosa de la forma que Jordi se la había llevado y de la que sorprendentemente me había defendido ante ella.

Yo también estaba orgullosa conmigo misma, porque no me creía capaz de enfrentarme a una mujer como ella, pero ya lo había hecho con Jordi. Algunos clientes del bar no me dejaban de mirarme.

Desde luego, muchos de ellos pensarían que formábamos parte de una compañía de actores porque la hora del desayuno se había convertido en una obra teatral casi todos los días.

Los vi alejarse y coger una calle por donde finalmente los perdí de vista. Me quedé sentado un buen rato y luego entré a la oficina hecha un manojo de nervios. Jordi no volvió a aparecer en toda la mañana y justo, a las dos, cuando fui a salir por la puerta me lo encontré llegando y me pidió por favor que lo acompañara al bar a hablar conmigo.

—Déjalo ya, no me apetece hablar contigo. Hoy he vuelto a pasar un día fatal gracias a ti. Luego la ansiedad se me dispara en casa. ¿Es normal que yo pueda trabajar así?

—Erika, te pido por favor que me

escuches y será la última vez que te moleste.

—No quiero hablar. No quiero saber nada de tu vida. Todas tus promesas en aquel crucero fueron una mentira tras otra y yo, como una tonta, me las creí.

—Sé que la cagué. Lo sé — dijo con un tono airado.

—Pues, no sé qué haces aquí. Dime qué haces aquí. Dímelo de una vez — dije con severidad.

—Tranquilízate.

—¿Cómo voy a tranquilizarme?
Dímelo.

—Solamente te pido que me escuches,
por Dios.

—¿Con qué derecho te crees para
decidir cuándo debes de hablar
conmigo y luego cuando te da la gana
desaparecer y no eres capaz de darme
una p*** explicación?

—Erika por favor te lo pido — dijo
señalando hacia el interior del bar
donde mucha gente nos miraba.

—Está bien, te voy a escuchar, a

sabiendas que no debería de hacerlo, pero una vez que lo haga quiero que cojas tu camino y yo el mío y que sólo mantengamos conversaciones laborales y de la manera más cordial posible.

—Me parece muy lógica tu propuesta.

—Te lo agradezco.

—No sabes la alegría que me das.

Me encendí un cigarro y me pedí una copa de vino para que me ayudase a dar buenas contestaciones. Aunque, pensándolo bien, el alcohol no era el

mejor aliado en estas ocasiones. En el fondo, necesitaba emborracharme porque toda esta historia parecía surrealista.

Me estaba volviendo paranoica porque pensaba que, en cualquier momento, podría aparecer Coral a matarme. Esa tía era capaz de eso y mucho más.

—Erika, no he querido hacerte daño en ningún momento

—Menos mal... — solté irónicamente.

—Quiero que sepas que todo esto me ha hecho quizás mucho más daño de lo que te ha podido hacer a ti, por muy

difícil que te parezca entenderlo — dijo calmado, como intentando dar pena, algo que todavía me puso más nerviosa.

—¡Qué va! si a mí solo me ha hecho cosquillas... — dije irónicamente porque no había otra forma de hacer frente a esas palabras tan hipócritas.

—Estaba muy ilusionado con la vida que íbamos a hacer en común en septiembre, pero todo se vino abajo cuando en la reunión familiar que yo tenía apareció Coral anunciando a bombo y platillo que estaba embarazada. Yo me quedé helado. No

supe cómo actuar — dijo con un nudo en la garganta.

—Sí, me ha quedado claro que hubo un polvo que nunca me contaste... ¿Cómo pude ser tan idiota? ¿Cómo pude tragarme aquellas mentiras de tus versos en los mensajes y aquello que me contaste de las luciérnagas? Yo ya lo veía venir — dije yo con voz temblorosa y fijando mis ojos en los suyos.

—Cuando ella apareció, me volví loco. No sabía si odiarla o si volvía a sentir algo por ella. Esa noche que se coló en mi casa bebimos mientras

charlábamos y terminamos haciendo el amor y, por la mañana me di cuenta que no era ella a quien quería sino a ti. Pero ella me amenazó de mil maneras y sobre todo contigo. Yo la veía capaz de hacer cualquier cosa. Por eso, te puse el mensaje, luego conseguí llegar con ella un acuerdo para que nos dejase en paz. Y, cuando estaba todo arreglado, me llega de aquella manera dándome aquella noticia. Creí volverme loco. El mundo se me cayó encima.

—Y lo mejor fue huir sin dar explicaciones ¿verdad? Lo mejor fue dejarme aquí plantada. No voy a

recuperarme de esto, ¿sabes? No voy a recuperarme.

—Lo siento — dijo secamente.

—No basta con un “lo siento”. ¡No basta! Las palabras no son suficientes, Jordi. Lo nuestro fue muy bonito, pero lo guardo como si hubiese un sido un sueño, un sueño dulce, del que ya he despertado. No me interesa ahora mismo lo que te haya pasado con Coral. Mis sentimientos, mi vida, mi estabilidad, mi familia...todo eso que tú y ella os habéis cargado de un plumado... es lo que me queda. Yo debo ser feliz. Tengo derecho a serlo y

tú ya no estás en esta nueva vida que busco para levantar cabeza, ¿me oyes? — dije con dudas y vacilaciones, no sabiendo elegir muy bien las frases.

—Me volví loco, Erika ¿me volví loco!

—Solo te deseo que seas muy feliz con tu paternidad y, en caso de que vuelvas con ella, intenta ser feliz también con ella... aunque sinceramente dudo que lo consigas. Eres un cabrón y un mentiroso. De nada me vale ya tu sinceridad.

—No estoy con ella, Erika. Nunca

volví con Coral ni pretendo hacerlo, está claro que me haré cargo de ese niño, ya que es mío, pero de ella no me queda el más mínimo sentimiento.... No pienso volver con esa bruja. La maldigo — volví a ver ese rostro desencajado que ya conocía de anteriores discusiones mientras soltaba frases cargadas de odio por su boca.

—No hables así de la madre de tu hijo. No sé cómo consientes que te manipule así. Hace contigo lo que quiere y tú has hecho lo mismo conmigo. Me has utilizado — dije yo dolida y con lágrimas en los ojos.

—Solo puedo desearte que tengas la mejor suerte del mundo. Creo que la vas a necesitar, no debe ser fácil convivir con ella hasta que el niño sea mayor.

—He perdido mi vida, te he perdido a ti, he perdido el sentido por todo en este mundo. Ahora tendré que sacar fuerzas de donde no las tengo para no joderle la vida al que va a ser mi hijo.

—Siendo sinceros él no tiene culpa de nada. Pero solamente tú te lo has buscado. Tu forma de gestionar tus sentimientos ha sido un desastre y lo

peor es lo que te has llevado por delante. Me has arrastrado a mí hasta el abismo — dije yo convencida de que cada una de mis palabras era un dardo envenenado.

—Igual que tú, me lo he cargado todo, me lo he cargado todo... Y no sé si voy a poder con todo esto — dijo mientras las lágrimas empezaban a recorrer sus mejillas ante mi asombro.

—Si quieres que sea sincera, te diré que saldrás adelante. No va a ser fácil, pero saldrás adelante — añadí yo con cierto cinismo con intención de herirle.

—No me puedes hacer esto, Erika —
dijo él de una forma triste y cerrando
los ojos en señal de arrepentimiento.

—Tienes que aprender a sufrir como
he hecho yo — repuse yo con cierto
orgullo.

En el fondo me daba pena verlo llorar.
No quería creerlo pero algo me decía
que estaba siendo bastante sincero,
además de que mi condición y mi forma
de ser hacía que en esos momentos me
diese mucha lástima. Pese a la dureza de
mi actitud y pese a la gravedad de mis
respuestas, no pude evitar agarrarle la

mano e intentar consolarlo.

—El tiempo seguro que empezará a reconfortarte.

—No me imagino en tu lugar. No estoy preparado para sufrir como has hecho tú — dijo sin dejar de sollozar.

—Jordi, ya lo estás haciendo. Ya estás sufriendo. Y solamente puedo acompañarte, intentar ser solidaria con tu dolor. Me importas, pero lo que has hecho conmigo ha sido terrible y ahora te está afectando a ti — dije yo con un tono más suave en mis palabras.

—He sido un cobarde, tampoco pensé en mi hijo cuando intenté quitarme...

— su voz se detuvo y me miró con una tristeza infinita que no sabía cómo interpretar.

—¿Quitarte qué?

—He estado diez días en el hospital. Al día siguiente de la noticia estaba quedándome loco, pues no sabía cómo afrontar esto y darte la noticia, así que me tomé dos tarros de pastillas y bebí alcohol. Cuando me di cuenta de la locura que había hecho, llamé a mi madre para que avisara a una ambulancia. No recuerdo más nada. Al

abrir los ojos estaba lleno de tubos en la UCI. Estoy dentro de un laberinto y sé que esto no tiene otro desenlace que el que busqué con intención de desaparecer para siempre.

—¿Qué me estás contando, Jordi? — pregunté con un nudo en el estómago.

—Lo que oyes. No soy capaz de controlar mis sentimientos. Estoy obsesionado. La ansiedad me llevó a hacer esa cosa tan terrible, Erika.

—¿Y Coral? — pregunté con odio.

—A Coral le da igual. Ella se nutre de

mi sufrimiento, mejor dicho, de nuestro sufrimiento. Quiere destruirnos.

—Estoy asustada y siento lástima por ti. No puedes quitarte de en medio, Jordi. Tú no eres así. Yo me enamoré de un triunfador, de un hombre inteligente y sensible. Debes mantener la cabeza fría y buscar una salida a esto.

—No puedo. Y no te tengo a ti. ¿De qué me sirve vivir?

—Jordi, vas a tener un hijo y, aunque Coral quiera destruirte, tienes una

responsabilidad como padre y has de buscar asesoramiento legal y jurídico que pueda hacer que esta situación sea lo más llevadera posible. Seguro que conoces a abogados que pueden echarte un cable. No puedes caer en la depresión y pensar en esas cosas horribles en las que estás pensando.

—Tienes razón, pero te repito que no puedo — dijo con un alto grado de desesperación en su voz.

—Ahora mismo, debes buscar la ayuda de un psiquiatra que te oriente emocionalmente y aporte estabilidad a tu vida, a tu trabajo. Y luego debes

acudir a un buen gabinete de abogados y contar tu situación. Deben asesorarte. Seguro que hay cauces legales para quitarte a esta cabrona de encima — dije pausadamente, buscando un poco de luz.

Los nervios me estaban devorando por dentro. No podía imaginarme que Jordi hubiese sido capaz de hacer algo así. Lo había juzgado mal y ahora me sentía fatal, pero no podía caer en la trampa de ser culpable de aquel intento de suicidio.

No. No podía caer en eso, porque yo era también víctima de su comportamiento y él, pese a lo que estaba sufriendo, debía

asumir su responsabilidad.

Estaba claro que Coral era la menos perjudicada. Estaba claro que aquella mujer estaba saliéndose con la suya. Nos estaba manejando como auténticas marionetas.

—Quería irme, no concebía la vida sin ti... — seguía llorando sin poder remediarlo, así que decidí pedir la cuenta y llevármelo de allí para hablar tranquilos y a que se desahogase.

—Debes hacerme caso, Jordi. Escúchame. Haz lo que te pido y todo irá mejor para los dos — dije con convicción en cada una de mis

palabras.

Jordi me miró con mayor serenidad. Parece que mis palabras habían causado el efecto balsámico que él buscaba desesperadamente. Y de nuevo volvió a mí una ilusión que tenía enterrada y sepultada en lo más hondo de mi ser.

Capítulo 7

Sostuve la puerta de mi casa para que él pasara dentro. Fue el mejor lugar donde se me ocurrió llevarlo. Quizás me arrepentiría, pero me estaba destrozando verlo en ese estado y más con lo que me había contado.

Tenía miedo por él y también tenía miedo por mí, porque, si lo perdía,

perdería también ese hilo que me unía a la realidad, porque, pese a lo mal que lo estaba pasando por su culpa, mi vida solamente tenía sentido gracias a Jordi.

Su intento de suicidio y ese hundimiento personal me abrieron los ojos y me permitieron comprender la frágil naturaleza de aquel chico.

Le hice señales para que se sentara en el sofá y fui a prepararle una tila. Se la di y me senté junto a él.

—Jordi, no sé qué decir — empecé sonando aún alucinada.

—Te perdí, Erika. Todo me vino

demasiado grande, no sabía qué hacer, no pude... — rompió a llorar de nuevo y yo lo abracé hasta que los sollozos cesaron.

—No digas eso, ahora. Pero me tienes que hacer caso — dije yo con una voz suave y serena.

—No quiero volver con Coral, no quiero volver a esa vida anterior donde todo era infelicidad... — dijo Jordi sin poder acabar la frase.

—No vas a volver con Coral, si no quieres, pero debes ser fuerte y

mantenerte firme. Lo primero que tienes que hacer es recuperarte para enfrentarte a ella — lo animé sin dejar de acariciarlo para que sintiera mi cariño.

Miré cómo se limpiaba la cara llena de lágrimas y yo hice lo mismo con las que yo estaba derramando. La luz entraba por la ventana y todo se inundaba de una extraña claridad que nos hacía unos seres especiales, unidos en la desgracia.

—Te lo repito, Erika, a mi hijo no le faltará de nada. Él no tiene culpa de esto, pero con Coral todo se terminó. Te quiero a ti... Por favor, dame otra

oportunidad.

—No quiero hablar de eso ahora porque no estás pensando con claridad. Necesitas recuperarte, insisto. Si no es así, no verás con claridad qué quieres de verdad en tu vida y para tu futuro— dije negando con la cabeza.

—Erika...

—¿Cómo fuiste capaz de atentar contra tu vida? — pregunté enfadada de repente, la sola idea de perderlo de esa manera ya me volvía loca —

¿Es que eres imbécil? Vale, ¡sí que lo eres! — me levanté, llorando de la rabia que tenía dentro — Eres un maldito egoísta, un cobarde, un...

Me cogió por los brazos y me hizo mirarlo a la cara. La luz se reflejaba en sus ojos vidriosos y leí en sus arrugas, en sus ojeras y en las estrías de sus labios agrietados el dolor, el dolor acumulado durante demasiado tiempo. Estaba claro que había pasado muchos años unido a una persona que lo estaba sometiendo.

Su vida era un desastre y lo había sido mucho antes de conocerme. La mala suerte, el destino, la fatalidad... no sé

qué causas motivaron que Coral acabara casándose con él.

Me sentía dichosa porque yo había llegado a su vida a cambiarla. Pero no podíamos seguir actuando de esta forma, bajo esta presión continua y bajo esta inestabilidad continua. No podíamos estar haciéndonos daño el uno contra el otro. Y Jordi parecía decidido apostar por nuestra relación.

—Siempre he sido un cobarde, no he tenido el valor para hacer nada. Y todo lo que hice, lo hice mal. Por eso te perdí. No tienes ni puta idea de cómo me sentí sabiendo que estabas sufriendo por mi culpa —declaró en

un suave y frío susurro que me llegó a lo más hondo de mi ser.

—¿Y me lo dices ahora?!

—Llevo tiempo intentando hablar contigo... Y no me has dejado. Solamente encontré tu rechazo y no te culpo por ello. Me lo merecía. Tenías toda la razón al tratarme así.

—No puedo con esto, Jordi, no puedo más — dije derrotada.

Me dolía verlo vulnerable y sufriendo. Siempre había sido así. Pero yo no

podía olvidar todo lo que había sufrido desde que él apareció en mi vida.

Me miró a los ojos y me besó. Al principio quise retirarme, pero el deseo pudo más. O quizás era el anhelo, la rabia, ni yo lo tenía claro. La luz desapareció de su cara y pude ver su tez natural, su mirada espontánea y seductora y volvía a sentir ese aroma que tanto me excitaba, ese olor áspero y dulce al mismo tiempo.

Afuera, se escuchaban voces y el ajetreo de algunos pasos de gente que se dirigía a sus casas. Esa atmósfera relajada me sumía en un ambiente cotidiano que era una de las cosas que más me gustaban de mi casa, de aquella casa que tanto

esfuerzo me había costado comprar, una señal de mi independencia, y ahora, con esa atmósfera relajada, estaba al lado de una de las personas más importantes de mi vida.

Comenzó a acariciarme la espalda, bajó sus manos y apretó mi culo contra su erección y eso fue mi perdición. Minutos después estábamos los dos desnudos en el sofá.

Ninguno dijo ni una sola palabra, solo se escuchaban los gemidos. Nuestros movimientos acompasados eran un solo lenguaje en un solo cuerpo que vibraba de emoción, de nuevo bajo la luz del exterior.

Nos quedamos allí, tumbados cuando

acabamos.

—No sabes cómo te he echado de menos — me besó en la cabeza y me abrazó con fuerza.

—Yo también te he echado de menos. No sé qué me ha pasado. No debía haberte dejado hacerlo — dije yo arrepentida aparentemente, aunque en el fondo había deseado otra vez sentir su cuerpo desde que se separó de mí.

—No sé qué ha pasado. Pero lo necesitaba. Tienes que creerme. Para mí ha sido maravilloso.

—No te culpo, Jordi. Yo también me he dejado llevar. Yo también lo necesitaba. Pero creo que no era el momento y esto puede ser un error del que me arrepienta.

—Perdóname.

—No tienes por qué pedirme perdón. No tienes que hacerlo. He sentido y hacía mucho tiempo que necesitaba sentir a otra persona —dije aunque estaba mintiendo, porque mi relación con Sergi estaba ahí y no había estado mal.

—¿Y ese chico con el que te vi?

—No. No es nadie por ahora. No hay nada serio entre nosotros — dije con tristeza, acordándome de lo ilusionado que estaba Sergi conmigo.

—Pero, ¿vas a volver a verlo? — preguntó con un tono inseguro, como queriendo obtener una respuesta rápida.

No contesté. No era el momento. Mi cabeza era un torbellino de emociones y pensamientos contradictorios. Qué

difícil era darle cordura a esta relación, qué difícil era encontrar un punto de equilibrio en todo esto. Qué difícil. Y ahora empezaban a irrumpir en mi cabeza nuevas preguntas: ¿Qué pasaría con Sergi? ¿Qué dirían mis amigas de todo este barullo? ¿Qué le iba a decir ahora a mis padres?

Sí, nos habíamos acostado, pero eso no significaba que volviera con él. También me había acostado con Sergi y eso no significaba que fuésemos novios y que nos fuéramos a casar en una semana. No. Debía ser fuerte y considerar que simplemente habíamos hecho el amor en un momento de desesperación.

Aquel sexo que habíamos tenido era una

forma de sacar nuestra rabia, de romper con el pasado, de olvidar en parte todo lo malo que nos había pasado. Pero yo sabía que no bastaba con eso. No bastaba con un polvo para comenzar de nuevo. Había demasiados obstáculos en esta pareja para que pudiéramos seguir adelante, demasiados.

—No me separes de ti ahora, Erika, necesito estar estos días contigo— me imploró con voz de niño.

—No quiero que me des pena. Quiero a un hombre fuerte y seguro. Yo no te puedo ayudar en muchas decisiones que tienes que tomar.

—A tu lado me siento protegido, siento que tengo una razón para luchar. Si no estoy a tu lado, no sé de qué seré capaz — dijo con un tono depresivo.

—No se te ocurra nombrarlo de nuevo. Que no se te ocurra. Olvídate de rendirte. Sé fuerte y afronta lo que te sucede. Afróntalo. Conmigo o sin mí.

—No te separes de mí, por favor — volvió a suplicarme y yo miré al techo como quien busca respuestas en el

vacío.

Lo pensé unos segundos, sabiendo desde el principio que iba a ceder. Tal vez necesitaba eso, pasar un tiempo con él sin pensar en el futuro ni en el pasado ni en nada más. Quizás...

—Tendrás que ir por ropa — dije finalmente.

—¿Te importa acercarme?

—No, claro, déjame tomar una ducha y vamos a por lo que necesites. Pero no sé si estamos haciendo lo correcto,

Jordi.

—Erika...

—¿Sí? — pregunté mirándolo.

—Gracias.

—No tienes por qué darlas. No quiero que te hagas de ilusiones. Debes hacerme caso en todo lo que te he dicho.

—Está bien, pero este gesto tuyo de

generosidad no lo olvidaré jamás. Te lo juro.

—No hagas juramentos. No me prometas nada. Escúchame.

Tranquilízate. Por ahora, con eso basta — dije yo con determinación y sin perderlo de vista.

Le sonreí y me levanté. Tomé una ducha rápida y en media hora estábamos saliendo de mi casa. Me preocupaba su estado anímico. Nunca había visto a Jordi tan exaltado. Yo solamente pensaba en la locura que había intentado hacer y eso me destrozaba. ¿Qué habría sentido yo si Jordi hubiera conseguido

quitarse la vida? Volvimos ya con la cena comprada y cenamos intentando tocar temas neutrales. Al menos yo, no estaba preparada para nada más. Jordi me siguió el juego y parecía un poco más sereno.

—¿Te apetece hacer un viaje, Erika?

—No, por ahora, no Jordi. Estoy bien así. No tengo ganas de divertirme. Es lo que menos me apetece ahora.

—Lo siento. No quería enfadarte.

—No, no es eso. Que me sorprende

que pienses en viajar con todo lo que tienes encima.

—Solamente quiero distraerme.

—Lo sé, Jordi, pero debes solucionar todos tus problemas, problemas que también me ha salpicado. No hace falta que te disculpes más.

—Ya lo sé. Soy un inmaduro.

—Es normal lo que te sucede. A mí también me pasa. Lo mismo estás

alegre, lo mismo estás hundido — dije yo, apoyándome en toda mi experiencia a lo largo de este tiempo.

—Sí, es algo así. Me siento feliz al estar contigo y solo se me ocurre planear cosas. Pero, cuando me detengo a pensar, vuelven los horribles pensamientos.

El móvil sonó con un mensaje y cerré los ojos al ver que se trataba de Sergi.

“Hola, preciosa. Tengo algunas horas libres mañana, ¿podemos vernos?”

Mierda, ¿y yo qué le decía ahora?

“Este fin de semana estoy ocupada, Sergi, tengo algunos problemas. Te llamo cuando esté libre, ¿vale?”

Vi que leyó el mensaje pero no contestaba. Rezaba porque no notara nada raro. No era momento de ponerme a discutir con él o a que me hiciera preguntas. Al final acabó respondiendo.

“De acuerdo, espero tu llamada. Estoy deseando verte. Besos.”

—¿Es él? — preguntó Jordi cuando

dejé el móvil.

—Jordi, no quiero hablar ahora.

—Tenemos mucho sobre lo que hablar, Erika.

—Ahora no — repetí.

—¿Cuándo? — preguntó un poco tenso.

—No lo sé — dije mirándole a los ojos.

Esperaba que con eso entendiera que no iba a plantearme nada con él, que no quiera que encontrara en mí de nuevo una relación con la que echar raíces y sentar su cabeza. Cuando se marchara, ya pensaría en las consecuencias de mis actos, no ahora. Justo o no, era lo que sentía y él sabía que tenía derecho a sentirme así.

A mí me dolía no decirle que me había conseguido para siempre. Pero sería una insensatez por mi parte echarme en sus brazos como una persona a la que no le afectan los problemas y las decisiones erróneas.

Suspiró y me abrazó, y acabamos quedándonos dormidos así. Antes de

cerrar los ojos me dijo:

—Te necesito y sé que mi actitud es muy egoísta. Pero, aunque no lo creas, he luchado por ti y lo seguiré haciendo.

—Gracias — contesté con un susurro.

Pasamos el fin de semana juntos. Jordi intentaba sutilmente sacar el tema sobre nosotros y yo, con menos sutileza, lo evitaba.

Sergi siguió mandándome mensajes y eso me ponía más nerviosa, sobre todo al ver que a Jordi también le afectaba.

Sabía que estaba deseando soltarme una de las suyas, pero igual sabía que ya había perdido todos sus derechos, si es que alguna vez tuvo alguno.

Fue un poco complicado estar en mi casa con Jordi. Aunque no quisiera, me sentía culpable con Sergi, pero nunca había habido promesas de amor eterno con él. Como tampoco las había ahora con Jordi.

Yo tenía mucho para pensar y él aún mucho que aclararme, así que lo mejor sería dejar pasar el tiempo. Volví a fiarme del dicho: El tiempo cura las heridas.

Hicimos el amor varias veces, él prometiéndome que iba a luchar por mí,

yo ignorando cada palabra o haciéndolo callar con algún beso o como fuera para no entrar en ese tema.

Cuando se marchó el domingo y me quedé sola, tenía la cabeza a punto de explotar. Me di un baño de sales relajantes y me fui directa a la cama.

Media hora después estaba en el sofá, seguía sin poder dormir allí sola.

Leí el mensaje que me llegó de Sergi.

“Te he echado de menos, preciosa. Estoy deseando verte. Descansa. Besos.”

Le di las buenas noches y entonces fue

Jordi quien me escribió.

“Ya me estoy volviendo loco sin tenerte cerca, Erika, esto es insoportable. Gracias por el fin de semana. Como te dije, voy a luchar por ti como tenía que haberlo hecho desde el principio. Te quiero.”

Le di las buenas noches igual, sin contestarle a nada.

Me dolía el pecho, literalmente, sin saber qué demonios estaba haciendo o qué iba a hacer a partir de ahora.

Erika, me dije, ahora estás más que jodida...

Capítulo 8

Llegue a la sucursal un poco agobiada y un rato después llegaba Jordi con una sonrisa brillante y guiñándome el ojo. Cómo habían cambiado las cosas. Yo no sabía si eso era bueno o malo.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días, jefe — dije con una sonrisa un poco irónica.

—Así me gusta, que estés a mis órdenes — volvió a guiñar el ojo a la vez que iba para su despacho.

—Qué tonto eres — dije riendo ante la mirada de mis compañeros que volverían a murmurar.

—No me llames tonto. Simplemente me gusta estar contigo.

—Vale, no te pases — dije con intención de corregir esa conducta que consideraba excesiva y presuntuosa.

Un poco antes de la hora que yo solía

salir a tomar el café, apareció Jordi por mi mesa y me dijo que fuéramos a desayunar.

—Vamos a tomar algo. No va a ser todo trabajar y trabajar.

—Vale, apago el ordenador y te acompaño — dije con un tono simpático ante la mirada de nuevo de mis compañeros.

—Qué ganas tengo de tomar algo contigo sin que tengamos que tirarnos los trastos a la cabeza.

—Lo sé. Yo también lo agradezco.

Necesitaba serenidad y concentración en mi trabajo, Jordi.

Salimos de la sucursal y, justo antes de sentarnos en la mesa, el me dio un abrazo con un fuerte beso en los labios y, al separarme, pude ver que estaba paralizado mirándonos Sergi, con un ramo de flores en la mano, a la vez que se le caían al suelo todas y cada una de las flores. Joder qué casualidad. Estaba claro que llamaba a la mala suerte..

—Sergi — dije intentando alzar la voz para que me escuchase.

Me miraba fijamente a los ojos a la vez

que negaba lentamente con su cabeza. Se dio media vuelta y se fue ante mi nerviosismo al saber que ya sí que la había liado. Lo peor es que Sergi había sido abandonado por su novia y eso me hizo de sentir culpable de verdad.

—Lo siento — dijo Jordi a la vez que intentaba abrazarme para tranquilizarme.

—¡Soy una gilipollas!

—No digas eso, no quieras ser injusta contigo ahora.

—Él no se merecía enterarse de esto

de esta manera, pensaba explicarle luego al mediodía, pero de esta manera no se lo merecía.... —dije mientras mis lágrimas comenzaban a recoger mis mejillas.

—Yo tampoco me merecía verte como te ibas con él.

—No seas injusto ahora Jordi, que la gran responsabilidad de todo lo que ha pasado ha sido tuya...

—No quería ofender.

—Pues lo has hecho. Te has puesto celoso y el día que te pusiste detrás de

mí a observarnos, parecías una olla a presión. Estabas hecho un energúmeno.

—Fue uno de los peores momentos — dijo con un tono de arrepentimiento.

—Lo siento, necesito ir a hablar con él, volveré a la oficina lo más rápido posible, tengo que ir a buscarlo y explicarle personalmente ya que, si no es así, no podré vivir con este cargo de conciencia — dije mientras que me levantaba para irme.

—No puedes irte así, Erika

—Sí puedo — dije alejándome.

De nuevo volvíamos a dar un espectáculo en aquel bar. Lo que iba a ser un desayuno tranquilo se convirtió en una nueva pesadilla. En mi interior sabía que, tarde o temprano, lo de Sergi iba a pasar. Por esa razón, quizá fue un error meterlo en casa y hacer el amor con él. Pero, ¿qué habría hecho cualquiera que hubiese estado en mi situación? ¿Qué habría hecho? Cualquier decisión habría sido una decisión errónea.

En el coche no podía dejar de llorar y, al llegar a la puerta de su casa y saber que estaba allí, pues su coche estaba aparcado delante, respiré hondo y llamé al timbre de su puerta. Tardó un poco en

abrir y, al hacerlo y verme allí, me di cuenta de que su cara era un poema.

—Erika, déjalo, no es el momento...

—Déjame entrar por favor, por lo menos déjame explicarte. Necesito que me escuches — dije con desesperación y entonces comprendí a Jordi cuando trataba de pedir que lo escuchara.

—No, Erika, no te dejaré entrar, no necesito una explicación por muy lógica que creas que sea. Solo necesito que te vayas y no vuelvas a aparecer por mi vida. Me costó mucho

superar lo de mi novia como para ahora venir tú a volver a hacerme lo mismo.

—No es así, Sergi. No quiero que te lleves una mala impresión de mí. No quiero.

—Entiendo que quieras rehacer la vida con tu jefe. Yo soy un perdedor. Estoy acostumbrado.

—No. No digas eso. Eres un tipo maravilloso — me angustiaba no poder decirle esas cosas mirándole a los ojos. Hacerlo con tranquilidad, con mesura.

—De nada me sirven tus halagos. Eres una falsa. ¿Cómo he podido ser tan tonto? Nunca quisiste que te ayudara a librarte de ese gilipollas, de ese cabrón. Estabas deseando verlo y me utilizaste para darle celos.

—No. Te equivocas, por Dios. Nunca te he utilizado. Déjame entrar y hablamos con tranquilidad.

—Será mejor que lo dejemos aquí. No quiero que nos hagamos daño con cosas que puedan herirnos gravemente y de las que luego nos arrepintamos.

Me miró con cara de odio y cerró la puerta en todas mis narices a la vez que me decía que no se me ocurriese volver a aparecer por allí. Me fui desconsolada, llena de rabia y de dolor. Tenía ganas de matar a Jordi, pues él era el causante de todo el daño que había surgido en mi vida y yo se lo había causado a Sergi.

Llegué a la sucursal y Jordi salió rápidamente a mi mesa.

—¿Has podido hablar con él?

—No me lo ha permitido — dije mirándolo muy seriamente.

—No tengo yo la culpa de eso, Erika.

—Déjalo, Jordi, necesito estar un rato tranquila.

—Me duele saber que te molesto —
dijo marchándose lentamente hacia su despacho.

—Que te quede claro que no puedes ser el protagonista de todo. Que te quede claro. No puedes ser el puto protagonista de todo lo que pasa.

—Lo siento.

—No te disculpes más, por favor. Ese chico es un chico maravilloso y, por nuestra culpa, está sufriendo lo indecible. Su novia lo había dejado hace unos meses y ahora que se había ilusionado conmigo apareces tú — dije reprochándole y sin mirarle a los ojos, a unos ojos que se apartaron de los míos.

Jordi bajó la cabeza y se marchó hacia su despacho. Me dolía hablarle así y me dolía porque sé que él no estaba bien. Psicológicamente no estaba bien. Cuando hicimos el amor, noté que también había perdido mucho peso. Había dejado de tener el cuerpo atlético

que yo había conocido. Aquel hombre estaba hecho polvo y nuestro torbellino de sentimientos había arrastrado a una víctima que se llamaba Sergi.

Me quedé trabajando con mucha rabia y dolor, sobre todo con la sensación de haber hecho el acto más feo y degradable que se le puede hacer a otra persona. Tenía un cargo de conciencia increíble, me dolía más el hecho de saber lo que estaba sufriendo Sergi por mi culpa, que todo lo que me había sucedido a causa de Jordi.

La mañana se me hizo insostenible. No paraba de mirar la hora en el móvil, me estaba ahogando, necesitaba salir de allí rápidamente.

Antes de la hora de salida, apareció Jordi en mi mesa y me dijo que me invitaba a comer. Le dije que, por favor, entendiese que necesitaba estar sola ese día.

—No me hagas esto, Erika.

—Todo ha sido por una mala decisión tuya, Jordi. No tenías que haber aparecido en este momento.

—No sé a qué te refieres. Yo nunca me fui de tu lado. Yo trataba de buscarte y de explicarte todo.

—Tú no te fuiste nunca de mi lado.

Tienes razón y eso ha dejado un cadáver por el camino. Ese chico no se merecía lo que hemos hecho — dije con un nudo en la garganta.

—Deja de echarme las culpas, te he pedido perdón. Dime qué más quieres que haga, pero deja ya de acusarme, que eso me mata.

—Jordi ,no tengo ganas de discutir ahora, mañana hablamos — dije cogiendo mi bolso para salir de la sucursal.

—Escucha, Erika, vayamos a comer y luego te vas para tu casa — dijo

mientras me seguía.

—No tengo ganas de escucharte. Te lo prometo, solo quiero intentar despejar la mente y acostarme un rato. Voy a intentar contactar con Sergi a ver si me coge el teléfono. Necesito hablar con él inmediatamente.

—Móntate en mi coche, por favor.

—Te he dicho que no Jordi... hasta mañana.

—No me dejes así.

—Tengo que hacerlo y piensa en tus actos, piensa en sus consecuencias. Hemos hecho daño a una persona que tenía las mejores intenciones conmigo.

—No me dejes aquí plantado. Te estoy pidiendo que vengas a comer conmigo.

—No voy a hacerlo, Jordi. Déjalo estar —dije mientras me montaba en mi coche y lo arrancaba.

El camino a casa se me hizo duro, como era de esperar. Era consciente de que cualquier decisión que tomara iba a tener consecuencias terribles a mi

alrededor. Había sido Sergi ahora. Después, ¿quiénes serían? Mis padres, mis amigas, otro chico que se cruzara en mi vida. ¿Quién?

Llegué a mi casa maldiciéndome por lo idiota que había sido. Me dolía ver en mi mente una y otra vez la cara de Sergi. El dolor estaba en su mirada, lo que vi después fue una tremenda tristeza y rabia. Yo me había sentido como Sergi en muchos momentos y eso me hundía más.

Él no se merecía haberse enterado así de nada. Ni siquiera yo tenía las cosas claras con Jordi, pero el destino había jugado en mi contra. Quise llamar a mis amigas, pero volví a pensar en las

consecuencias terribles que podían tener mis acciones. Jordi había entrado en mi vida y me estaba afectando para bien y para mal.

Tiré el bolso al sofá con toda la rabia y volví a llorar. Me había comportado como una idiota y ahora sufríamos los tres. Aunque no tenía compromiso con ninguno, no tenía que haber hecho nada de lo que hice.

Eres una tremenda idiota, me dije a mí misma. Fui a mi cuarto a cambiarme de ropa. Me miré delante del espejo y vi a una persona que no era yo, una persona diferente, muy diferente. ¿Quién era yo en realidad? ¿Qué había sido de aquella muchacha que se había independizado

tras salir de casa de sus padres?

Me tumbé esperando calmarme, pero la ansiedad era enorme, sobre todo entre esas cuatro paredes. Cogí el bolso y salí de casa. Y no pude evitarlo. Una vez en la calle le mandé un mensaje a Lucía y me dijo que nos veíamos más tarde en la cafetería de cerca de su casa, así que decidí caminar un rato y despejarme para hacer tiempo.

Llegué a la cafetería antes que mi amiga y la esperé mientras me tomaba un cappuccino y me fumaba un cigarro.

—Vaya, menuda cara tienes. ¿Qué ha pasado? — preguntó al sentarse frente

a mí.

—La he cagado, Lucía, la he cagado —
— negué con la cabeza, me daban
ganas de pegarme a mí misma.

—Vale, eso me ha quedado claro —
pidió su café y continuó —. ¿Por qué?

—Jordi...

—Uy, esto se pone interesante — se
frotó las manos, bromeando, pero mi
cara le hizo saber que no estaba para
bromas —. Está bien, empieza.

—Estaba bien con Sergi, no teníamos nada serio ni mucho menos pero estaba a gusto. Al menos me servía para olvidar a Jordi — mi amiga levantó las cejas, incrédula —. Pfff, está bien, para no pensar tanto al menos. Pero de verdad estaba muy bien con Sergi, me encanta ese chico, pero...

—¿Pero...?

—Al final accedí hablar con Jordi. Se derrumbó delante de mí, Lucía, verlo llorar pudo conmigo.

—Arrepentido, ¿eh?

Afirmé con la cabeza.

—Más que eso. Estuvo a punto de...
Se tomó dos botes de pastillas —
confesé.

—Oh, mierda. No me lo puedo creer.
Es muy fuerte.

—Sí. No pude verlo así, tan derrotado,
nunca pensé que estuviera pasándolo
tan mal. Me contó todo esto y fuimos a
mi casa a hablar más tranquilos y...
Bueno, pues pasó.

—¿Te acostaste con él?

—Sí.

—Y por lo que deduzco, con Sergi también.

—Sí.

Mi amiga me miró largo rato, supongo que eligiendo qué decir a continuación para no bromear sobre el tema.

—¿Y eso te tiene así?

—Iba a salir a tomar algo con Jordi hace un rato y Sergi ha aparecido con un precioso ramo de flores y nos ha

visto salir juntos y se ha puesto mal y... — le solté todo de sopetón, casi sin respirar.

—Y lo ha adivinado.

—Imagino que sí. Soy una idiota.

—No, no lo eres, esto puede pasar y no quiero escuchar que te sientes culpable por nada.

—Les he hecho daño.

—Y a ti misma también. A ver, Erika. A Sergi no le prometiste nada pero

entiendo que esté dolido. Con Jordi...
Pues es lógico que si vuelve a pasar algo más entre vosotros, él piense que volvéis a estar juntos.

—Pero yo no le prometí nada.

—¿Hacía falta, Erika? Teníais algo fuerte, una relación importante, si te vuelves a acostar con él, es normal que lo piense. Pero no es la cuestión. ¿Has hablado con ellos después?

—Sí, Jordi, dolido porque me fui a buscar a Sergi, y este no quiere volver a verme.

—¿Y tú qué sientes?

—No quiero saber nada de ninguno de los dos — dije enfadada —. Me van a volver loca, yo solo quería tranquilidad y centrarme, intentar reconducir mi vida después de todo.

—Entonces haz eso. Deja de pensar, tómate unos días, lo que sea.

—Veo a Jordi todos los días — le recordé.

—Pídele que te dé tiempo o ignóralo, pero si lo que necesitas es tiempo, tómatelo. Estás muy nerviosa, cada día

me preocupas más, vas a acabar enferma y no estoy bromeando

—Lo sé.

—¿Quieres que me quede contigo?

—No, podré. Si necesito algo, te llamo.

Terminamos de tomaros el café y me despedí de mi amiga. Ella tenía razón, necesitaba relajarme. En una reunión de antiguos alumnos del colegio hace años comprobé que mi amiga Estefanía se había quedado muy tocada por una relación que tuvo con un amigo en

común, Pablo. Siempre los veía juntos por las calles principales de la ciudad cuando volvía de la universidad algunos fines de semana.

Estaban muy enamorados y, de repente, sin saber por qué, aunque alguna explicación habría, se separaron. Pablo no fue a aquella reunión de clase, pero Estefanía solo hablaba de él. Se la veía nerviosa, fuera de sí en ocasiones.

Llevaba un año ya sin verlo, pero claramente se había obsesionado.

Hablaba sin parar de lo injusta que había sido la vida con ella, de lo mucho que lo echaba de menos. A los pocos minutos, sin que nosotras le preguntásemos el motivo de su ruptura,

arremetió contra él y lo humilló insultándole sin parar.

A todos nos dio la sensación de que se había vuelto loca. Carmen me lo dijo y Lucía me lo confirmó tiempo después. Se había enterado de que Pablo había conocido a otra mujer, mayor que él, con hijos. Era incomprensible, pero sucedió. Yo no quería convertirme en Estefanía ni en esa chica que fue a la oficina y a la que internaron. A veces tratamos de buscar una explicación lógica por qué suceden las cosas y no la encontramos. Solo esperaba que Jordi no me diera mucho la lata.

Yo, por el momento, no quería saber nada de ninguno de los dos, estaba

cansada de todo.

Llegué a casa, tomé un baño y me relajé.
El móvil no tardó en sonar con un
mensaje.

“Voy para tu casa.”

Puse los ojos en blanco al leer el
mensaje de Jordi, ¿cómo iba a decirle ya
las cosas?

***“No, Jordi, no quiero ver a nadie. No
quiero saber nada de ninguno de los
dos, haz el favor de respetar mi
decisión.”***

Su respuesta no se hizo de esperar.

“Te dije que iba a pelear por ti. No pienso dejarte sola.”

“Jordi, ahora no es momento, por favor, ya hablaremos. Pero te estoy pidiendo espacio, por una vez en tu vida, respétame.”

No contestó porque imaginé que lo estaba pensando y sabía que no iba a dejarme en paz. Pero en ese momento, mi tranquilidad mental era lo más importante.

Capítulo 9

Llamé a la oficina y le dije a mi compañero que me encontraba mal, que ese día no iría trabajar, que avisara a Jordi y que al día siguiente le llevaría el justificante médico.

—Pero, Erika, ¿te encuentras bien? — me preguntó el compañero cotilla con intención de sonsacarme cosas.

—Sí, no te preocupes, Luis. Estoy bien.

—Sabes que aquí me tienes para lo que necesites.

—Lo sé.

—Pero, dime si necesitas algo, sincérate.

—Luis, no sé de qué vas. Te he dicho que estoy enferma y necesito ir al médico.

—No es eso. Necesitas hablar — su

voz me susurraba como si quisiera ligar conmigo.

—Luis, cállate ya. Eres un cotilla y un mal compañero. No vas a sacar nada de mí. Ya puedes contarle a la oficina que eres un auténtico gilipollas. No. Mejor dicho, se lo diré yo.

—No hace falta que te pongas así. Yo solo quiero ayudar.

—No quieres ayudar. He visto cómo murmurabas, cómo te reías de mí, cómo intentabas marujear para alimentarte de mi vida privada y luego

contárselo al resto de compañeros.

—No tengo que aguantar esta humillación.

—Eso es. Dile a Jordi lo que te he dicho y cállate de una puta vez — dije con contundencia.

Colgué y me reí. Con todo esto, me había hecho una mujer fuerte y más grosera también y eso me daba mucha rabia.

Me levanté me fui al centro de salud que había cerca de mi casa y le dije que había pasado toda la noche vomitando y

con la barriga suelta así que me mandó unos calmantes y mucho reposo, y me dio el justificante de asistencia a la consulta. Me había inventado todos esos síntomas pero mi cara de muerta la había hecho intuir a la médica que tenía un virus, así que ya tenía el justificante y mi día libre para poder amueblar un poco mi cabeza.

Sé que la soledad era lo que menos me convenía, pero no podía hacer otra cosa. Me lo pedía el cuerpo. Hacía un día precioso afuera. La ciudad bullía de vida.

Me metí en casa con un dolor en el pecho increíble. La ansiedad tiene esas consecuencias y al final iba a tener que

hacerme adicta al Lexatin, joder. No podía borrar de mi mente la imagen de Sergi con el ramo de flores cayendo al suelo. Viví en primera persona una típica escena de película, pero a diferencia que había una persona sufriendo de verdad y todo por mi culpa. Agarré el móvil y me decidí a ponerle un mensaje a Sergi.

“Será la última vez que te moleste. Solo quiero pedirte mi más sincero perdón por el daño que te he hecho y que no te merecías. Espero que seas muy feliz y la vida no te dé más golpes de este tipo.”

Vi como lo veía y luego se quitaba de la línea. Me dio mucha lástima por él. Yo tenía unos remordimientos tan fuertes que no me dejaban estar tranquila. En pocos meses había experimentado toda clase de sentimientos y eso no sabía si era bueno o malo. Lo de Jordi me había destrozado y no sabía con certeza qué futuro nos esperaba.

Lo de Sergi era un palo también para mí, porque ahí me sentía yo como una cabrona, como si yo hubiera sido la responsable de esa situación. Tenía que aceptarlo. Yo también había jugado con los sentimientos de otra persona.

El móvil sonó y era Jordi y me negué a cogerlo. Estuvo llamando durante toda

la mañana. Me tenía nerviosa y no quería saber nada de él en esos momentos.

A media tarde, sonó el timbre de mi puerta y, cuando abrí me dio mucha rabia, descubrir que era Jordi. Volvía otra vez a esa faceta de acosador, de hombre que se obsesiona con una idea y no cesa de perseguirte para encontrar una respuesta que lo satisfaga.

—Me vas a escuchar — dijo mientras entraba para dentro sin esperar mi autorización

Lo seguí hasta el salón donde se quedó en medio y de pie. No me gustaba esa

actitud de hombre que pedía a toda costa ser el protagonista de mi vida. No debía consentirle así que la conversación no transcurrió nada tranquila.

—Jordi, no puedes invadir mi intimidad de esta manera y no me encuentro bien. Por eso no he asistido al trabajo. Ahí tienes el justificante y creo que merezco tener mi espacio y que tú no vengas a irrumpirlo cuando te dé la gana.

—Si me hubieses cogido el teléfono, no estaría aquí.

—No puedes hablar sentenciando cada

vez que una explicación no te gusta o no es lo que esperabas.

—No era mi intención.

—Si no cojo el teléfono es porque no me apetece o porque no puedo ¿es difícil de entender?

—¿Qué pasa? ¿ Te has dado cuenta de que estabas enamorada de él y no de mí?

—Si así fuera, no tengo por qué darte explicaciones.

—Erika has cambiado mucho en estos días.

—Yo no he cambiado.

—Estás siendo muy dura conmigo.

—Estás celoso. Odio a las personas celosas. Ya tuve un novio que me montaba unos pollos increíbles en la calle porque hablaba con amigos o compañeros de trabajo.

—Yo no soy de esos tíos.

—Te comportas como ellos. Además, ¿qué pasa si he cambiado?

—No pasa nada. Pero no me gustas así.

—Tus decisiones son las que me han hecho cambiar, ahora no puedes venir a recriminarme nada.

—No es justo Erika, ¡no es justo!

—Te pido por favor que te vayas ahora. Necesito estar sola y recuperarme.

—No voy a irme. Sé que quieres que esté aquí contigo. Sé que me necesitas. Sé que me quieres.

—No digas tonterías. No me montes un número. Vete, por favor. Necesito pensar, Jordi.

—No necesitas pensar. Necesitas que te quiera, Erika.

—Déjate de decir más tonterías. Márchate, por favor.

—Si es lo que quieres.. — dijo marchando con la cara desencajada y lleno de rabia.

Me tiré todo el día tirada en el sofá con mucha ansiedad y dolor de cabeza, así que me acosté pronto. Pero intentar dormir en ese estado era una estupidez. Imaginaba rostros, conversaciones, paisajes, impresiones... como si una película de suspense pasase por mi cabeza a lenta velocidad. La ansiedad me oprimía el pecho y me costaba respirar. Escuché la lluvia sobre las aceras y la carretera, la lluvia que resbalaba sobre las ventanas de mi piso, el chapoteo tras algunos movimientos de personas solitarias que caminaban hacia sus casas.

La ansiedad aguzaba mis sentidos y

hasta el sonido más pequeño resonaba una y otra vez en mis oídos. Era una sensación incómoda que se mezclaba con esa cinta de imágenes que no paraba de rebobinar en mi cabeza. Decidí levantarme y fumarme un cigarro delante del televisor.

Un poco de música no me vendría mal. Finalmente me dormí en aquel sofá con la música de Marta Sánchez de fondo.

Por la mañana me desperté temprano y me fui a desayunar a la cocina. Sergi seguía sin contestarme y sabía que no lo iba a hacer, pero en el fondo me hubiese gustado tener al menos una última conversación con él. Aunque él tenía

derecho a no querer verme. Era consciente de que yo no había actuado de buena manera.

Un rato después ya estaba de camino hacia la oficina y con mucho nerviosismo, ya que tenía sentimientos confusos.

Al llegar a la puerta de la sucursal estaba Jordi hablando por teléfono y entre saludándolo con un gesto de cabeza. Un rato después entró y me volvió a saludar y se fue directo hacia su despacho.

A la hora del café, le pedí a uno de mis compañeros, que no fuese el cotilla, que

me acompañase al bar para asegurarme de que así no podría ir Jordi y pillarme a solas. Mientras estaba sentada en la terraza, me di cuenta de que venía Coral directa hacia mí.

—Por tu culpa y la de él, he perdido a mi bebé — dijo con un tono amargo, pero lleno de reproche.

—No sé de qué me estás hablando. Por favor, déjame en paz. Yo no te he hecho nada.

—¿Te quedas igual al saber que, por vuestra culpa, he perdido a mi hijo?

No podía creer lo que estaba escuchando, y menos aún que me estuviese echando a mí la responsabilidad de lo que me estaba anunciando delante de todos los clientes.

—No sé de qué me hablas y dudo que yo tenga algo de culpa de lo que pase en tu vida.

La cara de mi compañero era un poema. La cara de Coral estaba totalmente llena de dolor y de rabia.

—Esto no se va a quedar así, que te enteres — dijo señalándome con el dedo.

—A mí no me amenes, que no soy yo la que se casó contigo — dije levantándome muy enfurecida, cuando, en ese momento llegó Jordi para ponerse en medio.

—¿Qué haces aquí, Coral?—pregunto muy enfadado.

—Por vuestra culpa he perdido a nuestro bebé — dijo señalándonos con el dedo.

—¿Qué ha pasado? — preguntó enfadado, pero a la vez lo hacía preocupado.

—Las preocupaciones que me dais, eso ha pasado, ayer me tuvieron que hacer un legrado porque lo había perdido, pero esto no va a quedar así — dijo chillando a la vez que se marchaba.

—Tengo ganas de llorar porque ya había asimilado que iba a tener un hijo pero por otra parte tengo la sensación de que por fin voy a tener mi ansiada libertad — dijo Jordi negando con la cabeza lentamente a la vez que se sentaba.

—No digas eso, Jordi. Has perdido a

tu hijo, aunque la madre sea Coral. No puedes decir eso.

—No era mi intención decir eso. Me he asustado mucho al verla. Pensaba que venía a hacerte daño. Que venía a matarte — dijo Jordi, roto de dolor.

—Deja de sufrir. Coral no me ha hecho nada. Solamente ha dicho que, por nuestra culpa, ha perdido a su bebé. No veo la relación. No la he visto precisamente sufriendo porque estuvieras cerca de mí.

—Yo no tengo tampoco ninguna respuesta.

—No me fío, Jordi, de esta mujer. No me fío. Tienes que andar con cuidado y actúa de una puta vez. Ve a buscar asesoramiento jurídico, porque esta tía no te va a dejar en paz y su venganza me incluye a mí.

—Eso no. Por eso, no paso. No voy a consentir que te haga daño, Erika.

Estaba en ese momento tan sorprendida que no sabía cómo actuar. Lo que había dicho Coral, todo lo de Sergi y el hecho de ver a Jordi enfrente de mí, derrotado... todo eso iba a acabar conmigo. Cogí mi bolso y salí hacia la

oficina casi corriendo. Estaba con un ataque de ansiedad y no sabía qué hacer, así que ordené rápidamente los papeles y huí. Eso es lo que hice. Huí hacia cualquier parte donde nada ni nadie me molestara. Quería perderme en la ciudad. Cómo echaba de menos volver al mar. Ojalá estuviese Lucía a mi lado para irnos a Barcelona, a su puerto, a una de sus terrazas para tomarnos un gin—tonic y contemplar el mar sin pensar en nada.

El móvil comenzó a sonar. Vi que era Jordi y lo apagué.

Caminé sin rumbo, llegué a casa un par de horas después y caí en el sofá. Ya me lo advertía Lucía: “Caerás enferma”.

Todo ese dolor estaba haciendo mella en mi cuerpo y, aunque era mental, lo estaba notando. Las palpitaciones, el temblor de manos y el sudor frío eran síntomas que no anunciaban nada bueno. Llamé a mi amiga y se vino inmediatamente a casa. Un rato después apareció Carmen y se quedaron las dos conmigo hasta que lograron que comiera algo. Tenían miedo de que me diera un ataque de pánico o algo peor.

—No puedes seguir así — dijo Carmen.

—Aclárate, tía. Déjalo o apuesta por una relación con él.

—No me entendéis. No veo luz al final del túnel. La situación me está sobrepasando.

—Esa tía tiene muy malas pulgas y tiene poder, y tiene dinero, y va a hacer todo lo posible para hundiros — dijo Carmen con intención de convencerme de que reaccionara.

—Pide el traslado. Yo lo haría — me aconsejó Lucía, pese a los sentimientos que ella sabía que yo tenía hacia Jordi.

—Sí, es lo mejor. Pon tierra de por

medio y empieza de nuevo. Será duro, pero tienes que hacerlo — dijo Carmen apoyando la idea de Lucía.

—No es tan fácil. ¡¡No es tan fácil!!— grité, como si estuviese loca.

—Ya sabemos que no es fácil. Sé lo que sientes por Jordi. Pero, ¿qué otra decisión puedes tomar? — preguntó Lucía con lágrimas en los ojos.

—Sergi... — susurré y me hundí en un mar de lágrimas.

No sé por qué pronuncié ese nombre. Como era de esperar, Lucía se quedó a

dormir para acompañarme al día siguiente al médico. El médico me mandó unos días de descanso y Lucía fue a entregar la baja a la oficina. Ahí comenzaron las llamadas de Jordi a cada momento, hasta que volví a apagar el aparato. No quería hablar con nadie. Necesitaba estar sola y descansar. Un par de días después, Lucía abrió la puerta de casa cuando llamaron y la escuché chillar.

—Vete de aquí, no necesita verte.

—¿Quién es? — pregunté.

Jordi entró como un vendaval, ignorando

las quejas de mi amiga.

—Joder, Jordi, déjame en paz.

—¿Tanto lo querías? — preguntó furioso.

—¡No es eso, joder! Pero le he hecho daño, ¿no lo entiendes?

—No, no lo entiendo. Porque ahora me lo estás haciendo a mí.

—No seas injusto.

—Lo siento... Erika, me estoy

volviendo loco, no te alejes de mí, no ahora. He perdido también a mi hijo y...

—¡Y yo estoy volviéndome loca! —
grité fuera de mí, Lucía se acercó y me agarró la mano para que me relajara —
No quiero saber nada de ninguno, no quiero verte, Jordi, ¡haz el puto favor de dejarme en paz!

—Erika, yo...

—Vete, Jordi, va a enfermar —
intervino mi amiga —. Dale un tiempo, déjala mejorar y sentirse fuerte para decidir.

—Ya está todo decidido — repetí,
testaruda.

Jordi se quedó mirándome, agachó la cabeza, derrotado y se fue.

Lloré horas y horas en el hombro de mi amiga hasta quedarme dormida.

Volví al trabajo unos días después, ya más recuperada de mi estado de nerviosismo. La relación con Jordi era tensa, hacíamos por evitarnos. Le costaba respetar mi decisión y venía con ojeras y a veces desaliñado. Sabía que lo estaba pasando mal, pero lo mío no era fácil.

De todas formas, yo estaba decidida a coger de nuevo las riendas de mi vida.

Capítulo 10

Había pasado ya un mes desde que decidí no volver a estar con Jordi, pero no había conseguido quitármelo de mi cabeza y menos aún viéndolo todos los días en el trabajo.

Él intentó de mil maneras volver conmigo pero no consiguió ni siquiera sacarme apenas algunas palabras. Estaba decidida a mantenerme firme.

Por consejo de mis amigas, fui a visitar a un terapeuta que consiguió echarme un cable con algunos consejos prácticos para distanciarme y protegerme de Jordi y de su área de influencia.

Era triste llegar a esa situación después de todo lo que habíamos pasado. Pero cualquiera que nos observara todos estos meses comprobaría que la destrucción, el dolor y la ansiedad dominaban nuestra relación por llamarlo de alguna manera.

Una canción de India Martínez se convirtió en mi banda sonora de cada día y en una filosofía de vida:

Guardo en mi pañuelo, lágrimas

usadas.

**Y también un nudo, nudo en la
garganta.**

**Fue tan maravilloso amarse así, me
arrepentiré.**

**Pero esta vez prefiero, equivocarme
sola.**

Tenía claro que me iba a hacer muy difícil olvidarlo, pero tenía mucho miedo a volver a sufrir lo que había sufrido desde que lo conocí. Debía madurar, debía evolucionar, debía avanzar e intentar ascender en mi trabajo.

Una relación tan tóxica con Jordi no ayudaba. Los clientes me encontraban

más guapa. Me arreglaba mejor y cada fin de semana iba a la peluquería a probar diferentes peinados.

Una de las estrategias del terapeuta era que debía cambiar mi aspecto físico con frecuencia para demostrarme a mí misma que podía ser la mujer que yo quisiera. A veces los cambios externos influyen en los internos y viceversa.

Era viernes y esa noche era el cumpleaños de Lucía. Lo iba a celebrar en una casa a las afueras del pueblo. La había alquilado para este fin de semana pasarlo con nosotros, así que, después del trabajo, fui a mi casa a comer un sándwich y a preparar la pequeña maleta para el fin de semana. Me

llevaría lo justo.

Tampoco iba a Madrid o a Londres. No era necesario que trufara la maleta a vestidos y tacones. Físicamente debo decir que estaba mucho mejor. Tenía más pecho y más culo y los vestidos que, antes me quedaban grandes, ahora me sentaban como un guante. Estaba ilusionada porque tenía ganas de desaparecer de la sucursal y montarme mi fiesta particular con las personas que de verdad me importaban.

Al llegar al chalet, me quedé sorprendida de que allí estuviera Jordi. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y eso que estaba acostumbrada a verlo todos los días en mi trabajo, pero en el fondo

de mi corazón seguía amándolo como el primer día.

El terapeuta ya me advirtió que un amor así no se olvida con facilidad, pero se aprende a vivir con esa sensación de deseo insatisfecho y se puede iniciar una nueva relación controlando los recuerdos. Pero, ahora, sorprendentemente Jordi estaba allí. Y eso me removi6 por dentro.

Saludé a los cinco y dejé las cosas en la habitación donde yo me quedaría. Al salir estaban afuera Lucía y Carmen haciendo una selección de bebidas. Jordi se acercó hacia mí y me ofreció una copa de champán. Lo miré a los ojos y pude comprobar que estaba encantado

de que yo estuviera allí como había estado siempre.

—Espero que no me la desprecies — dijo mientras me la ofrecía.

Una nostalgia muy grande comenzó a embargarme mientras miraba hacia el jardín y veía a mis amigas muertas de risa y yo allí ante el hombre de mi vida y sin poder quitarme ese dolor del pecho.

—Gracias — dije mientras la cogía, en esos momentos sentía que era un día muy importante para mi mejor amiga y no podía destrozarlo de ninguna de las

maneras. Además me apetecía estar de buen rollo con todos.

—¿Cómo estás, Erika? — preguntó de forma preocupada y en voz flojita.

—Mal, Jordi, parece que mi vida no tiene ningún sentido — dije desahogándome ante el hombre que había causado todo el daño en mi vida.

—Lo siento, Erika, lo siento de todo corazón, nunca me perdonaré el daño tan grande que te he hecho...

—He oído eso demasiadas veces y eso no cura nada. Nada — dije yo con

intención de herirlo, aunque tenía claro que mis sentimientos hacia él eran imborrables.

—Sí. Lo sé. Las palabras son inútiles en estas situaciones. Ojalá las palabras pudieran sanar.

—Ojalá. Bueno, ya da igual. ¿Y tú qué tal?

—Yo ... no sé vivir sin ti — dijo en voz baja y mirando hacia el suelo a la vez que en esos momentos comenzaba el estribillo de una preciosa canción de Malú, que parecía que estaba hecha

para mí.

**Deshazte de mí.
Deshazte del recuerdo,
volví a tu mentira
de plástico gris.
Deshazte del mundo
real que te he dado
y entra en otras pieles,
buscándome a mí,
deshazte de todo
lo que hemos vivido.
Deshazte del miedo.
Deshazte de mí,
de la única tonta**

**que te ha conocido,
te he visto por dentro
y no brillas así.**

Me salió del alma y comencé a cantársela, en voz flojita, pero mirándolo fijamente a los ojos esos que comenzaban a brillar al ver que por fin estaba yo más suave.

—Eres lo mejor del mundo — dijo cortándome.

—Lo sé, Jordi.

—De verdad te lo digo. Eres lo mejor.

—Tú tampoco eres malo Jordi, pero no has sabido jugar limpio. Ahora no quiero hablar más del pasado ni de nada de lo que ha sucedido. Quiero enterrar el hacha de guerra e intentar que haya cordialidad para que en el trabajo no estemos con esa tensión que está tan latente en la oficina.

—Yo te amo...

—Yo también Jordi, pero han sucedido demasiadas cosas entre nosotros para que ahora se puedan resolver como si nada.

—¿Por qué no lo intentamos? —
preguntó él con voz tersa.

—Esas cosas solamente pasan en las
películas.

—¿Acaso nuestra historian no podía
formar parte del argumento de una
película?

—No vuelvas a ponerte espléndido y
tontorrón.

—Bromeaba, pero va en serio lo de
que te quiero mucho.

En estos momentos, entró Carmen a por la tarta y nos pidió que saliésemos a cantar a Lucía, así que bebí la copa de un buche y nos fuimos hacia fuera. El aire tibio y un aroma a flores volvió a recordarme el cuerpo sedoso y brillante de Jordi, con sus luces y sus sombras. El ambiente estaba de diferente forma. No se notaba el mal rollo y yo miraba de reojo a Jordi. Veía lo guapísimo que era, lo que tanto lo amaba y sobre todo que no lo había conseguido nunca olvidar. Se me pasaba cada cosa por la cabeza que decidí echarme un gin—tonic para ver si me ayudaba un poco. Yo ya sabía que el alcohol no era el

mejor aliado. No. Nunca lo fue. Todos los momentos que habían cambiado mi vida estaban unidos a momentos en los que el vino o la ginebra habían entrado en mi cuerpo. En el fondo, sabía que solamente era casualidad.

—No te pases con el alcohol — gritó Carmen a lo lejos.

—Cállate y déjame disfrutar.

Un rato después ya estaban preparando la barbacoa para la noche. Jordi no paraba de estar atento y de decirme que no me hacía falta la bebida. Siempre que hablaba lo hacía dirigiéndose hacia mí.

Notaba que estaba cómodo. Me recordaba al Jordi de aquel crucero que hicimos todos juntos.

Era un tipo encantador cuando conseguía ser encantador y no se obsesionaba con ideas y pensamientos irracionales. El alcohol aguzó mis sentidos y el olor de su piel entró en mi cuerpo como un espíritu demoníaco que es capaz de poseerte y de hacer contigo lo que quiera.

La velada estaba marchando magníficamente. La música y nuestras charlas estaban haciendo que la tarde fuese perfecta, Jordi estaba con una sonrisa más bonita que nunca, en más de una ocasión mientras hablaba me hacía

algún gesto de cariño en la mano o en la pierna, como el que no quería la cosa, pero en el fondo a mí me hacía sentir muy bien.

—¡Qué guapa estás! No sé si te lo he dicho.

—No me lo has dicho. Estaba deseando que me lo dijeras. Me gusta escucharlo de tu boca.

—Gracias. Es un halago para mí, Erika.

La noche fue avanzando y cada vez estábamos más apartados del grupo

hasta que terminamos en una hamaca tipo balancín sentados charlando separados del grupo.

—Me gusta verte sonreír — me dijo cogiéndome la mano.

—A mí me gusta verte despreocupado y relajado. Me gusta que seas así de encantador.

—Solamente me comporto así contigo al lado, aunque te parezca increíble.

—Lo sé. Yo sé que hago que tú mejores.

—Es verdad, es cierto, Erika.

Últimamente estoy más tranquilo, aunque en la sucursal intentes mantener las distancias.

—Lo voy a seguir haciendo, Jordi.

—Haces bien. Te voy a apoyar en eso. No nos conviene montar los espectáculos que hemos montado hasta ahora.

Un cosquilleo me entró por el cuerpo, pues yo también necesitaba ese contacto, así que entrelacé mis dedos con los suyos. Y fuimos entonces un solo

cuerpo. Noté que el calor de su sangre entraba en mí, atravesaba mi piel lentamente. Me estaba poseyendo.

—Es bonito ver que podemos estar así — le dije y lo miré sonriendo.

—Sí, pero no es suficiente.

—No, no lo es — le confirmé —. Pero algo de miedo siempre habrá.

—Eso es inevitable, Erika, la cuestión es otra.

—¿Cuál? — pregunté cuando se quedó

callado.

—Si dejamos que los miedos nos detengan o si los enfrentamos juntos. Día a día.

Levantó una mano y me acarició la mejilla. Dios, cuando quería era adorable.

—Te has vuelto muy romántico — bromeé para quitarle hierro al asunto.

—Es lo que tiene enamorarse — se encogió de hombros pero serio —. Perder a quien quieres y no poder

olvidarla.

—Jordi, tenemos que olvidar el pasado.

—Solo si me das un futuro.

—Quizá, lo haga.

Me quedé pensativa mirando a la nada. En ese tiempo, había conseguido hablar con Sergi. Me había perdonado y teníamos una relación cordial, aunque yo sabía que la amistad siempre estaría un poco afectada por lo que hice, pero me gustaba poder contar con él como amigo. De verdad, hay gente maravillosa ahí

afuera y muchas veces no nos damos cuenta. Sergi había sido un apoyo muy importante y había comprobado que su generosidad no tenía límites.

Mi trabajo estaba bien como siempre, yo de salud también, pero algo fallaba y sabía lo que era. No me sentía completa, no podría hacerlo mientras no estuviera con Jordi.

Había pensado en llamarlo muchas veces pero no lo hice y encontrármelo me había cogido por sorpresa. Quizás la vida me estaba dando otra oportunidad.

—Le hice mucho daño, Jordi — dije refiriéndome a Sergi de nuevo —, también a ti. Peor, más daño me hice a

mí misma. Me he sentido tan perdida...

—Siempre me tenías aquí.

—Lo sé —sonreí porque sabía que era cierto.

—No será fácil, Erika, la vida no lo es. Pero prometo no volver a fallarte. Dame la oportunidad de demostrarlo.

—La oportunidad la tienes desde que te agarré la mano — le dije dulcemente.

Me besó tan dulcemente que sentí que me derretía allí mismo. Todo lo que allí sucedía, a nuestro alrededor, se detuvo: las voces, los ruidos, las palabras de los amigos, la propia naturaleza... todo aquello se detuvo cuando nos besamos. Estaba finalmente poseída y no iba a renunciar a ese espíritu que ahora me dominaba.

—No te vas a arrepentir — me juró.

—¿Jordi?

—¿Sí?

—¿Por qué no te callas y me recuerdas

qué tan bueno eras en la cama? — dije descojonándome de la risa.

Minutos después, estaba demostrándome exactamente eso.

JORDI

Me desperté y Erika no estaba en la cama. El miedo se apoderó de mí. No quería volver a perderla, había sido un mes horrible sin tenerla en mi vida. La amaba más que todo y no pensaba dejar que me dejase de nuevo.

Fui a levantarme y noté un papel en la cama. Abrí la carta y la leí.

“Conociéndote, sé que te habrás asustado. No, no me he ido, solo me apetecía pasear sola, volveré en un rato. Estoy feliz de estar contigo, sabes cuánto te amo y eso no ha cambiado en

ningún momento. Así que sí, vamos a luchar por nosotros.

Pero solo tengo una condición: o me visto de blanco o no hay trato.

La decisión es tuya.”

Me levanté rápidamente de la cama, riendo a carcajadas. Adoraba a esa mujer. Me vestí y salí en su búsqueda. Estaba sentada en el césped mirando al horizonte. Me arrodillé detrás de ella y la abracé por detrás.

—Hola — le dije y le di un beso en el cuello.

—Hola — dijo con esa voz dulce.

—Tenemos cosas que hacer.

—¿Qué cosas? —preguntó intrigada.

—Tienes un vestido de novia que escoger.

Giró la cabeza rápidamente y me miró con una enorme sonrisa. Me besó y acabamos tirados en el césped, riendo y besándonos. No había otra opción que la boda, perderla no estaba en mis planes.

FIN

Agradecimientos.

Con especial cariño a todo aquel que ha apoyado esta trilogía desde el principio. Muchas gracias por seguir ayudándonos a cumplir nuestro sueño.

Sin vosotros, nada sería posible.

**Norah Carter — Monika Hoff —
Patrick Norton.**

